

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

FASCÍCULO III

)

DEVOCION ALCAZAREÑA

He aquí la imagen de Nuestra Señora de los Angeles, se que veneraba en el **Hospital Viejo**, en un ambiente de extrema humildad, sumamente atractivo.

Su fiesta se celebraba el 15 de Agosto, iniciándose con una gran hoguera, cohetes y música la noche anterior. Había costumbre de cubrir con farolillos de papel de colores aquel trozo de la calle de Santa María, desde la esquina de las Laureanas hasta el chaffán de la calle del Príncipe, anchuroso rectángulo que quedaba convertido en un gran salón, cuyas aceras se cubrían de sillas para las mozas, que con este motivo se daban a ver cuando no se estilaba que salieran de casa sin causa justificada.

La Función, celebrada en Santa María, donde se llevaba la imagen procesionalmente, era solemne y concurrida.

La Capilla, notable por su sencillez en todo momento, ese día se adornaba con botes sembrados de albahaca y platos de candeal nacido, que cubrían completamente la escalinata que servía de pedestal a la imagen, visible desde la puerta de la calle, cuyo dintel estaba ocupado toda la tarde por los fieles que iban a depositar su limosna.

Vulgarmente se la llamaba «la Virgen de las trampas» por ser el de su fiesta el día en que por costumbre antigua se pagaban las deudas, después de recoger las cosechas.





Ofrecemos esta vista panorámica de Alcázar de San Juan, tomada desde avión en época reciente.

En el deseo de aportar el mayor número de datos para el conocimiento de nuestro pueblo, hemos hecho cuanto ha sido necesario para lograr esta fotografía, que nos complace poder publicar, quedando altamente agradecidos a cuantas personas nos han ayudado para conseguirlo.



HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

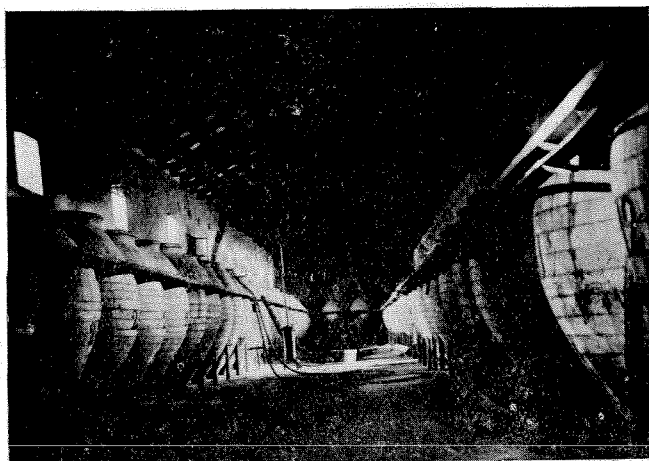
POR

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Noviembre
del año 1954

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
TERCERO



Bodega manchega

Los llamados vinos del propio cosechero a los que se reconocía un valor superior, en el sentido de pureza, sin mezcla de mal alguno, solían tener una elaboración increíblemente defectuosa, empezando por los locales y envases.

La bodega, propiamente dicha, no existía en muchos sitios sino que se provechaban los rincones de las casas para poner tinajas: dos o tres en el sótano cueva, otras por el pasillo del corral si era ancho, alguna en el hueco de la escalera e incluso entre las cuádras.

El jaraiz sona ser la cocina, única habitación embaldosada de la casa, en cuyo suelo se pisaban propiamente las uvas, corriendo el mosto al pocillo del sótano por una rejilla que había en un rincón; todo ello no muy limpio. De allí se sacaba con cubos de lona echándolo a las tinajas, bien directamente o mediante alguna tubería de hojadelata; a esta operación se le llamaba **remostar**.

Las tinajas estaban por lo general bañadas de pez por dentro y no llegaban nunca a las doscientas arrobas de capacidad ni lo necesitaban las exigencias de la explotación.

Cuando las plantaciones fueron aumentando y empezó a desenvolverse el tráfico del vino, se hicieron locales propios para bodega de los que es hermosa muestra la nave que reproducimos y que runcionaba antes de aplicar la maquinaria a la elaboración y el cemento a la construcción.

Es una hermosa línea de tinajas de Villarrobledo,—los gigantes de la alfarería,—de unas trescientas arrobas de cabida.

Aun se conservan muchas como esta, aunque modificadas.



La Plaza de Alcázar y su evolución

EL CASINO

EL Casino, como todo en la vida, no nació inesperadamente. Fué la cristalización de una necesidad sentida por gran número de convecinos, satisfecha parcialmente con otras soluciones anteriores, especie de tanteos que habían de terminar necesariamente en la formación de un gran centro de reunión.

Alcázar, dada su psicología, no podía ser el último ni el menor contribuyente al desenvolvimiento de la vida del Casino, tan intensa como digna de atención en toda España desde mediados del siglo XIX. Dentro de nuestra provincia parece que fué el nuestro el primer Casino que se abrió.

Como en todas partes, había numerosos casinillos antes; desde las Solanas o Carás, donde se reunían los vecinos más inmediatos a comentar lo que iba a hacer el tiempo, hasta los rincones donde había alguna distracción especial: juego de billar, como tenía aquí el tío Basilio, (padre de Emilio el Pámpano), en la calle de San Francisco. Juego de la lotería, como tenía el Catre en su taberna de la Plaza. Café cantante, como el que hubo en la calle Torres o juego de envite, como el del transfondo del Café de la Paja en el Paseo y otras chirlatas reservadas en ciertas tabernas.

Lo más general y honesto era que los tíos se reunieran en sus domicilios particulares. Se ha perdido casi totalmente el sentido de la

palabra tío como denominación respetuosa y considerada aplicada a la persona mayor, casada y con familia c sea en plena y equilibrada función de su misión en la vida. En este sentido de honor, perfectamente identificado con nuestros fines, con nuestro sentimiento y con nuestros recuerdos, es en el que empleamos dicha palabra, porque aquellos hombres eran para nosotros unos tíos con toda la barba.

Se reunían por cuadrillas y cada domingo en una casa, cuya dueña procuraba tener todo bien a punto anticipadamente. Bebían habitualmente zurra y jugaban al truque o la se-cansa; algunas veces hacían cena fuerte, pero lo corriente era comer alcagüetas.

Los gastos eran de 20 ó 30 céntimos por cabeza. Los tíos solían llevar a estas reuniones a sus hijos mayorcillos, de 5 a 10 años. Al cubreluz se había terminado el zurrilla y todos estaban en su casa.

Con los beneticios de la pacificación de los espíritus que hubo en España en la segunda mitad del siglo pasado, se acentuó la confraternidad y surgieron los casinos. D. Enrique Manzanque nos legó una referencia sucinta del nacimiento del nuestro. Dice que Alcázar incluso se anticipó a la misma capital, y da la lista de socios fundadores y el relato que le sigue, asaz sugestivos.

RELACION DE SOCIOS

N O M B R E S	Edad años	PROFESION	CALLE	Núm.
D. Andrés Alvarez Peña	56	Coronel	Constitución	4
D. Francisco Romero del Valle	57	Juez	id.	5
D. Juan Alvarez Guerra	52	Propietario	Resa	21
D. Manuel Mantilla	60	Comandante	Verbo	17
D. Nemesio Peñaranda	50	Retirado	Santo Domingo	11
D. Moisés Alvarez	30	Abogado	Independencia	6
D. José Cordero	26	Empleado	San Andrés	11
D. Pedro José Alvarez	58	Escribano	Independencia	6
D. Manuel Chocano	59	Propietario	San Andrés	29
D. Joaquín Fernández Villarejo	56	Escribano	id	7
D. Nicolás Bernardo Cenjor	34	Procurador	Arjona	2
D. Manuel Guerrero	30	Propietario	Santa Quiteria	7
D. Francisco Vargas	31	Abogado	Cautivo	14
D. Vicente Moreno	32	Farmacéutico	Resa	11
D. Andrés Pozo	54	Industrial	San Andrés	32
D. Marcelo Ortega	32	Procurador	Santa Quiteria	10
D. José Antonio Guerrero	31	Propietario	id.	6
D. Francisco Martínez Dumas	34	Médico	San Andrés	13
D. José Sotero Arias	59	Escribano	Trinidad	3
D. Luis Arias	25	id.	id.	5
D. Jonás Alvarez	25	Notario	Independencia	6
D. Leoncio Raboso	24	Cirujano	Marina	12
D. Antonio Castellanos Morugán	38	Secretario	Verbo	15
D. Antonio Anaya	28	Cirujano	Feria	6
D. Antonio María Lara	25	Empleado	Santa María	14
D. José Gallera	30	id.	Almagueta	20
D. Luciano Pitadeveiga	30	Capitán	id.	20
D. Francisco Alvarez	54	Empleado	Resa	13
D. Benito Pérez	30	Notario	Verbo	1
D. Isidro Castellanos Muñoz	38	Propietario	Trinidad	13
D. Evaristo Tapia	40	Comerciante	Galgo	4
D. Antonio Díaz	25	Militar	Almagueta	20
D. Diego Guillén	56	Capitán	Fuente	13
D. Raimundo Alvarez de Lara	28	Propietario	Almagueta	18
D. Inocente Alvarez de Lara	31	id.	Altozano	8
D. Pablo Ramos	54	id.	Unión	4
D. Lucas Marín	57	Industrial	Resa	22
D. Ignacio Cobo	55	Propietario	Cautivo	2
D. Luis Prudencio Alvarez	56	Abogado	San Francisco	17
D. Manuel Fernández	60	Procurador	id.	6
D. Manuel Pimentel	36	Empleado	id.	17
D. Gregorio Checa	40	Propietario	Feria	15
D. Andrés Raboso	59	id.	San Juan	1
D. Nicolás Ruiz Pintado	56	Fabricante	San Andrés	1
D. Andrés Arias Morugán	28	Tahonero	San Francisco	16
D. José Antonio Palomino	54	Propietario	Justa	15
D. Trinidad Sánchez Arias	26	Industrial	Altozano	9
D. Vicente Morales	36	id.	San Francisco	1
D. Manuel Arias	30	id.	San Andrés	22
D. Tomás Arias	33	id.	Mediodía	4
D. Isidro Sánchez Pantoja	28	Médico	Santa Quiteria	2

Estos 51 amigos puestos de acuerdo para constituir el Casino, alquilaron la casa número 7 de la Plaza, titulada del Alguacil Mayor, perteneciente al patrimonio del Gran Priorato de San Juan, reuniéndose en ella por primera vez el 20 de Febrero de 1850.

La mesa interina estuvo formada por don Francisco Romero del Valle, como Presidente y D. Moisés Alvarez, como Secretario, nombrándose por aclamación la siguiente Junta directiva;

Presidente: D. Francisco Romero del Valle, Juez de 1.^a Instancia. Consiliario primero: don Luis Prudencio Alvarez, Abogado. Consiliario segundo: D. José Antonio Guerrero, Propietario. Contador: D. Manuel Chocano, Propietario. Tesorero: D. Manuel Mantilla, Comandante retirado. Secretario: D. Moisés Alvarez, Abogado. Secretario segundo: D. Manuel Guerrero, Propietario.



La fachada del Casino el día de su inauguración.

El Reglamento fué aprobado por el Sr. Gobernador de la provincia, con fecha 4 de Marzo de 1850.

SE INICIAN LOS HECHOS MEMORABLES

EL Casino ha tenido una influencia preponderante en la vida de Alcázar. Dada nuestra manera de ser, sin él tal vez no se hubieran hecho ninguna de las grandes obras que se han llevado a cabo, todas dignas de admiración, siendo la primera de ellas el Casino mismo.

La casa donde se hallaba instalado, quedó comprendida en la ley de desamortización del año 1855, y en su consecuencia la Comisión provincial de ventas de bienes nacionales anunció la subasta para el día 21 de Marzo de 1864. El Casino acordó ir a la subasta decidido a adquirirla para propiedad de la Sociedad, contribuyendo los socios con los dividendos que fueran necesarios hasta terminar el pago, entre todos a partes iguales, sin saber lo que iba a costar. Esta magnífica decisión, sin limitaciones, no se empequeñece por el hecho de que las aportaciones fueran reintegrables por los fondos de la Sociedad.

Para llevar a cabo el acuerdo en Ciudad Real, fué designado el socio D. Pedro Peñuela, al que como mejor postor le fué adjudicada en la cantidad de **cinco mil siete escudos cincuenta milésimas**, equivalentes a 12.687 pesetas y 50 céntimos, otorgándose Escritura judicial a favor del

Sr. Peñuela en Ciudad-Real, el 29 de Enero de 1868, ante el Notario D. José María Cachero, haciéndolo el Sr. Peñuela a favor del Casino el 30 de Diciembre de 1878, ante el Notario don Luis Arias.

Manzanaque, sorprendido del largo plazo transcurrido para cumplir esta formalidad, dice que no tiene explicación, pero como alcazareño consciente y conocedor del paño que gasta, agrega que no hay que achacarlo a otra cosa más que a abandono. ¡Y así es, sí, señor!

La casa adquirida ocupaba un sitio ideal para Casino con arreglo a la vida de entonces, pero era viejísima y su distribución impropia para las necesidades de la Sociedad. Como consecuencia, el Casino estuvo siempre de obra.

En Marzo de 1869 se llevó a cabo otro acto notable, acreditativo de las buenas condiciones de los hombres que lo regentaban; la fusión en uno de los dos Casinos; el Principal y el Artístico, ingresando los 180 socios del Artístico en el Principal.

El Artístico estaba instalado en casa propia, que lo era la de la Gobernación núm. 5 de la Plaza—que compró al Estado,—de la misma procedencia que la del Principal.

Esta casa núm. 5 de la Plaza, es en la que se alojó el Comisario regio para dar posesión

al Infante D. Gabriel, del Priorato de San Juan el año 1766, estando destinada desde 1786 al 1834 a casa habitación del Gobernador del Priorato. Desde 1865 al 69 fué propiedad del Casino Artístico. El año 1869 pasó a la propiedad de don José María Villamar, en cuya época se proclamó en ella el Cantón Manchego. Después pasó a la propiedad de D. Luis Arias

El acuerdo de fusión de los dos Casinos, se hizo sobre la base de que se conservara el nombre de Casino Principal y que los muebles del Artístico se llevaran al Principal, a cambio de que sus socios no abonaran cuota de entrada.

Las acciones de la casa las vendieron los socios a D. José Antonio Villamar, obligándose él a pagar al Estado los plazos que tenían pendientes.

Cuando el venerable y admirado D. Enrique Manzaneque fué Presidente, se vió en la precisión de tirar la techumbre del Casino— Octubre de 1881— subiendo metro y medio el tejado, que se estaba hundiendo.

En 1889, siendo Presidente D. Felipe Alvarez Arenas, se hizo el Teatro en el patio del Casino.

El año 1895, ante D. Oliverio y siendo Presidente D. Juan Castellanos Arias, se compraron a D. Joaquín Alvarez las casas números, 9, 11 y 13 de la Plaza.

El terreno de las tres últimas que fueron demolidas, lo tenía una Sociedad para hacer un teatro, pero no se realizó el proyecto y el Casino se hizo cargo de todas las obligaciones que tenía la Sociedad del Teatro, que se disolvió al venderse el terreno.

El 1897, presidiendo D. Julián Olivares, se hizo una reparación muy amplia y se instaló la luz eléctrica en todas las dependencias del Casino y el Teatro.

Después de adquirir el Casino los solares que lindaban con la casa donde se encontraba instalado y que era precisamente la parte que

aparece sin renovar en la fotografía de la fachada que reproducimos, ala del Saliente, lindante con la casa de D. Alvaro, ya en esta época reservada exclusivamente para los servicios del Teatro y Repostería, había necesidad de tomar una decisión trascendente para aprovechar aquellos terrenos y entonces fué cuando D. Oliverio, consecuente consigo mismo, tuvo una iniciativa de las que le caracterizaban. Era en el año 1903; la Junta estaba constituida por él como Presidente y D. Enrique Fernández, D. Gabriel Miguel, D. Antonio Castellanos, D. Daniel Morollón, D. Alejandro Román, D. Inocente Garrido, D. Antolín Escribano y D. Manuel Vilaplana. Los reunió y acordaron abrir un crédito de 50.000 pesetas para edificar en los solares comprados a D. Joaquín.

Se encomendó el proyecto de la obra al maestro albañil Jesús Lucas, que lo hizo y se aprobó, contratando con él mismo la ejecución de la obra en 30.000 pesetas abonables en tres plazos

Las obras empezaron el primero de Julio del mismo año 1903. Todo el verano constituyeron la comidilla general las obras del Casino, cuya planta alta se pensaba inaugurar con los bailes de máscaras de la Pascua, como así se hizo, dejando para la Feria siguiente la inauguración del **Gran Casino**

con una fachada de 40 metros de larga por 14 de alta.

En el momento de la inauguración se hallaban terminadas la parte central y el ala del Poniente, tal como aparece en la fotografía mencionada. Aun recordamos la impresión que nos hizo el salón al entrar la noche de la inauguración, sensación de casa nueva, recién enjalbegada y húmeda, porque había poca gente todavía en aquel instante. El lleno fué rebosante y el éxito de la obra sin precedentes. Todo el mundo estaba encantado pero... naturalmente, el dinero escaseaba. La visión lejana, de amplitud y conveniencia de D. Oliverio no era comprendida ni sentida por todo el mundo y la opinión pre-



D. OLIVERIO MARTINEZ MIER

dominante fué típicamente nuestra; indecisa y agarradilla, sin aquel gran espíritu que predomina en el primer acto de la Sociedad al comprar la casa de la Gobernación. Indudablemente, la gente estaba un poco asustada de los arranques de D. Oliverio y se daba por muy satisfecha con lo realizado, reconociendo las grandes dotes de su autor y de la Junta en general. Las obras se pararon. En Octubre de 1904, se convocó Junta general para arbitrar recursos y continuarlas. Se acordó repartir un dividendo pasivo de 25 pesetas por socio, reintegrables y abrir una suscripción voluntaria para que cada uno aportara lo que pudiera, lo que tenía que resultar,

como pasó, un plebiscito negativo, y en Diciembre cambió la Junta, entrando D. Alvaro González, D. Manuel Manzaneque y D. Julián López Tapia, que, como pasa siempre, se propusieron continuar las orientaciones de la Junta saliente, pero que no era posible, y la vida como las aguas, fué abriendo arroyuelos en el llano, siguiendo la marcha más fácil y cómoda.

Después de esto han funcionado muchos Casinos de vida fugaz, pero el Principal siguió cumpliendo su misión de confraternidad y respeto mutuo que ha sido siempre carácter distintivo de la vida alcazareña.

D. OLIVERIO, EL CASINO, EL PUEBLO...

DE recién hecha la obra, el Casino ofrecía un aspecto espléndido que se acentuaba en la Feria por la circunstancia de tener sombra en la puerta y sentarse allí las familias de los socios, que ocupaban la amplia acera por fuera de la cual se ponían 5 ó 6 filas de sillas, de punta a punta de la fachada y aunque rara vez o nunca entraba una señora en el Casino, en la planta



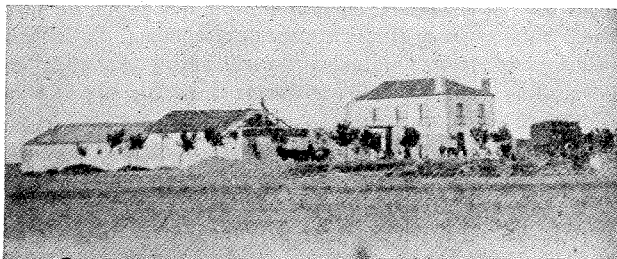
Fachada de la casa de D. Oliverio

baja había mucho bullicio esas tardes. La planta alta estaba reservada para el juego, ese vicio funesto felizmente extirpado oficialmente de nuestras costumbres y entonces considerado como un espectáculo más que estaba en el orden de organización de festejos e incluso se hacían gestiones para que hubiera una buena timba esos días, porque durante ellos hasta los no habituales del monte y la ruleta incluían en su presupuesto de gastos el poner un duro o cinco—que no era grano de anís—a una carta, por si sacaban para divertirse a costa de la banca que, naturalmente, siempre se llevaba el dinero

de todos, con no escasos disgustos y contratiempos de más de cuatro.

El salón de juego estaba de bote en bote. No se podía respirar en él y tenían los balcones abiertos. Desde la calle se veía el gentío y el humo. Los hombres subían y bajaban silenciosos. Del salón salía un rumor sordo. Se percibía la emoción de las jugadas y la impresión de los resultados. Las señoras lo comentaban en voz baja desde la calle y mirando de reojo a la puerta para ver las caras de los que subían y bajaban. Se percibía la justificadísima desavenencia conyugal, si bien no todos lo apreciarían así,

pues recordamos haber oído a cierto alcazareño que el hombre que no conocía la emoción de poner a una carta una fuerte suma no sabía lo que eran placeres exquisitos, lo que prueba la certidumbre de aquel refrán: «hay gustos que merecen palos».



Villa Asturias. La finca del monte.—Esta fotografía y las demás que figuran en este capítulo, se publicaron en la «Ilustración Manchega» revista que fué editada a poco de empezar el siglo por los impresores Pepe y Antonio Castellanos. Fué una realización meritoria que enaltecía a Alcázar. En el curso de la publicación murió Pepe, padre de Arturo.

D. Oliverio iba con su familia, como tantos otros, a la puerta del Casino. Dentro de la corrección, por su gran humanidad, D. Oliverio propendía a las ropas amplias, flexibles y desabotonadas, ¡entonces que todo el mundo iba abrochado hasta la barbilla! Tenía una gran estatura. Pecho alto y amplio, de respiración fatigosa. Cuello más bien corto. Cabeza un tanto achatada. Papada cubierta de barba cana, recordada. Mirar tristón, además amplio, afectuosamente pausado, con suavidad de prado asturiano.

Llenaba la Plaza con su numerosa familia y la esplendor de los atavíos. Era el momento cumbre de la familia. El amor rondaba la casa marcando, como siempre, el acmé de la curva de la casa madre y principio de la declinación paterna para dar lugar a la iniciación de nuevos hogares. D. Aurelio y D. Alvaro que ya figuraban en el séquito familiar, se casarían pronto con las dos hijas mayores de D. Oliverio. ¡Cuán lejos iba quedando aquel instante de su presentación en Alcázar!

Un cronista de la época refiere que en el último quinquenio del siglo pasado, se presentó un día en el Casino un hombre alto y simpático. Se sentó solo y entabló conversación con un camarero, preguntando si vivía aquí algún asturiano.

—¿Quién será este señor?, se preguntaron todos.

Aquel señor era D. Oliverio Martínez Mier, que venía de Llanes, (Asturias) su tierra natal, a tomar posesión de la Notaría de Alcázar, en cuya vida tanto habría de influir.

Hombre activo, de espíritu creador, de trato subyugante, generoso y luchador, era natural que hiciera por atenuar el abandono en que vivía la región en que había de residir el resto de su vida y como medio el más seguro y rápido de lograrlo, que fijara su atención en la representación parlamentaria que desde el principio trató de que se otorgara a las personalidades más relevantes del País, convirtiéndose en diplomático eficazísimo de las relaciones de aquellos hombres con Alcázar y su distrito, organizador de sus visitas al «Lugar», que debieron suponerle desembolsos cuantiosísimos. Por él vinieron a Alcázar entre otros, Labra y Canalejas.

El más vivo recuerdo de nuestra infancia, es el de la visita de Canalejas, de la que tuvimos mucho tiempo un lápiz con el retrato de D. José, que repartieron aquel día por la calle.

Vivía entonces D. Oliverio en la calle Resa, esquina de la de la Marina, conocida ahora por la casa de Pantoja.

Otro cronista de la época dice que esta visita tuvo lugar el 17 de Enero de 1904 y don Oliverio organizó un recibimiento espléndido, como correspondía al pueblo, a él y al ilustre viajero y sus acompañantes, que se alojaron en su casa.

Concentró tres Bandas de Música, la de aquí y las de Pedroñeras y Herencia. La víspera repartió por todos los pueblos una alocución muy bien escrita, invitándoles al acto y desde ese momento empezaron a venir forasteros en abundancia, siendo el único motivo de todas las conversaciones el viaje de Canalejas y la esplendor de D. Oliverio preparando el recibimiento.

El día de la llegada, a las 9 de la mañana, salieron las tres Bandas por el pueblo, tocando marchas estimulantes y un individuo con cada una, tirando cohetes.

El día fué excelente, dentro de ser del mes de Enero.

La comitiva salió de casa de D. Oliverio para la Estación, ocupando unos veinte coches

con todas las Comisiones de los pueblos, detalle de importancia extraordinaria en aquella época. En el primero iba D. Oliverio con el Marqués de Valdeterrazo y D. Luis Felipe Aguilera. Subieron por la calle de la Marina, Castelar, Huertas y Paseo. Todas las calles estaban abarrotadas de gente, como los balcones y ventanas. Las músicas y los cohetes escalonados en el trayecto no cesaron un momento. En la estación había más de 2000 personas. Al regreso, Canalejas, fué con D. Oliverio, acompañados del ex-ministro Rodríguez y un hijo del Sr. Montero Ríos.

Hubo dos comidas, servidas por la fonda de la Estación, en casa de D. Oliverio, discursos brillantísimos en el Teatro y un baile de convite en el nuevo salón del Casino, quedando todo el mundo altamente satisfecho del magnífico día que preparó el ilustre Notario.

La obra del Casino fué acompañada y seguida de otras no menos importantes en el terreno particular.

La fortuna parecía subyugada por él y le favoreció reiteradamente con premios de la lotería.

Naturalmente gastoso, siempre pródigo y en ocasiones derrochón, viajó, compró el case-rón de Guerrero en la Plaza de Santa Quiteria y los pedregales del Monte donde había de levantarse «Villa Asturias» con sacrificios inmensos.

De Barcelona debió traer la impresión de la influencia gaudiana en la arquitectura de aquella región, por el estilo que dió a su casa, que le dirigió el conocido arquitecto D. Crispulo Moro. La obra, algo modificada y convertida hoy en Colegio de religiosas de la Sagrada Familia, refleja fielmente la psicología de su dueño, que encontraba en su patio y portal el más adecuado marco de su persona.

Los primeros años del siglo fueron para D. Oliverio de una actividad verdaderamente febril. Lo que queda, denota la grandeza de su pensamiento, su altruismo, su amor a Alcázar y La Mancha, a la que entregó todo lo que poseyó: talento, energías, capital... Su despacho fué los sábados una romería de trabajadores a cobrar durante mucho tiempo. Gozó fama de orador y tuvo la aspiración de ser Diputado a Cortes, cosa que no logró, aunque fué candidato por su tierra natal.

El Arco de la Plaza y Los Sitios

No hemos encontrado todavía una fotografía del arco para reproducirla. Aunque de construcción reciente, en la época a que nos venimos refiriendo, constituía una auténtica puerta de la ciudad, fuera de la cual solo había grandes terroneros—numerosos cerros de tierra negra por donde correteaban los chicos—algunas construcciones que se habían fijado en este sitio buscando el desagüe natural de la población, como la Fábrica del Salitre, el Matadero y La Montijana primitiva. Aquel despoblado, polvoriento y sucio que llegaba hasta la misma Plaza, se le conocía con el nombre de «Los Sitios» y era invocado por los chicos como lugar para dirimir sus contiendas infantiles y elegido por todos los novillos para ocultarse y esperar que salieran los demás de la escuela y presentarse en sus casas

como si acabasen de salir de clase. Estos puntos gastaban el tiempo en hacer rabiar a Nanaeque, que siempre estaba dando a la bomba en La Montijana.

Los Sitios—lugares sitiados—tomaron nombre del acotamiento que de ellos tenía hecho el Estado para extraer el salitre, cuya fábrica estaba enclavada allí mismo y aun perdura parte de la construcción.

Estos terrenos comprendían desde el Arco de la Plaza hasta La Serna, extendiéndose por la derecha hasta la calle de Toledo y por la izquierda hasta la del Salitre.

Claro que como en Alcázar hay salitre en todas partes, además de lo de Los Sitios, los vecinos se dedicaban a extraerlo de sus corrales por medio de las coladeras y lo vendían a la Fábrica a 10 ó 15 pesetas arroba, lo que constituía un buen recurso para los jornaleros, los cuales, por otra parte, traían del monte la leña para calentar las calderas de la Fábrica para el refinado, que necesitaban mucho combustible. Los que tenían carro, se dedicaban a llevar el salitre a Rui-

dera, donde estaba la Fábrica de Pólvora cuya materia prima era el salitre.

Por si no se nos ofrece mejor oportunidad para ello, dejaremos anotado que la Fábrica del Salitre comprendía todos los terrenos que hoy forman manzana donde está el Matadero, dando la vuelta por la Rondilla y volviendo hasta el Matadero otra vez por la carretera de Herencia y la Corredera. En la esquina, detrás de la casa de Monda, hay una casa vieja, la de D.^a Dolores Castillo, hija del célebre Alcalde, y a continuación, otra de D. Simón Castellanos, el «Piti» viejo, que era la verdadera Fábrica; en la de D.^a Dolores estaban las oficinas. El descubierto era enorme; de 4 ó 5 fanegas de tierra seguramente.

La Fábrica estaba administrada por el Estado. Manzaneque refiere que el año 1850 se encargó de ella el Cuerpo de Artillería y había un Coronel como director y varios jefes y oficiales y empleados de Hacienda, pues el personal era mixto, teniendo más de 50 braceros ocupados todo el año.

La importancia industrial y la utilidad que reportaba, quedará más patente, sabiendo que para compra de salitre se invertían todos los meses alrededor de diez mil pesetas, que recaían en los vecinos de la localidad, aparte de todos los sueldos que como es lógico también se quedaban aquí.

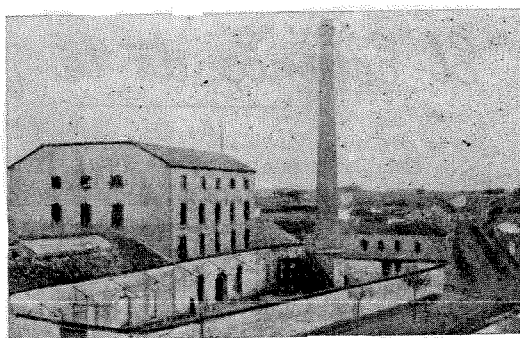
El progreso industrial y la competencia comercial extranjera, acabaron con nuestra Fábrica que suspendió sus trabajos el año 1858, dejando un encargado de los edificios, pero a los 3 ó 4 años el Estado vendió todo el material de fabricación, que era de bastante valor, y subastó los edificios y terrenos que compraron varios vecinos del pueblo.

La salida principal hacia el Egido, constituido por Los Sitios, era el Arco de la Plaza, situado en la iniciación del Arroyo, zanja actual de la Veguilla, y empezaba en la misma Plaza, sobre la iniciación de la carretera de Herencia, a continuación de las **Pasaeras**, que estaban puestas para poder transitar, aunque a saltos, en cuanto empezaba a correr el agua de la lluvia.

Era una obra sólida, de piedra de sillería, análoga a la del Ayuntamiento y constaba de un gran arco central, que abarcaba toda la carretera y dos más pequeños laterales para las aceras. Entre la carretera y las aceras había una diferencia de altura de más de un metro, para librar las casas de inundaciones en las grandes

avenidas y junto a las basas del arco central, dos hitos de piedra berroqueña muy bien labrados.

Otro de los atajos era el callejón de don Juanito—actualmente calle de D. Eliseo Alvarez Arenas—así llamado por salir desde la casa de los Alvarez de Lara, conocida vulgarmente por la de D. Juanito y que es, dicho sea en buena hora, la única que queda intangible en la Plaza, dando una nota de color y sabor tradicionales, porque en Alcázar, la Plaza, Plaza; la Plaza auténtica de todos los pueblos, donde está la Iglesia, el Ayuntamiento y el núcleo principal de tráfico y trajín lugareños y nacen o mueren las principales vías de comunicación, con un ambiente propio donde el tiempo y el paso de ge-



La industrialización de la vida alcazareña, quedó marcada con trazo firme el día que el ferrocarril cruzó sus campos y a pesar de la exigua aportación nativa, causa de una mayor lentitud en el cambio, nunca han dejado de observarse tanteos más o menos afortunados y esfuerzos merecedores de la mayor atención y del apoyo generoso por el beneficio que para la ciudad hubieran representado por el solo hecho de existir.

Una de esas aportaciones a cuyo reconocimiento estamos obligados los alcazareños, así como a lamentar su desaparición, fué la Fábrica de Pastas para sopa que se instaló en la «Azucarera», espléndido edificio, cuya fotografía reproducimos y que fué construido en el terreno de la primitiva Montijana por una firma de Cataluña para fabricar alcohol de remolacha, razón por la que aquí se le llamó la Azucarera y que adquirida posteriormente por Goberna Hermanos, empezó a funcionar como Fábrica de Pastas para sopa, el 2 de Noviembre de 1921.

Era una construcción solidísima de hierro y ladrillo toda ella, con hermosa línea de fábrica, formando manzana entre el Matadero, la Fábrica de Gaseosas, la Corredera y la Rondilla.

Después, sin alterar las trazas de la construcción, se instaló allí una bodega cooperativa—modelo en su clase—capaz para 120.000 arrobas y dotada de elementos excelentes para elaboraciones de vinos finos, planeada y dirigida por el notable Ingeniero D. Juan Marcilla, que tanto trabajó en nuestra región en favor de la viticultura.

La bodega no se consolidó y el edificio ha desaparecido ya.

neraciones y generaciones han ido dejando huellas indelebles matizadas de rasgos típicos que son honor, a veces orgullo y siempre enseñanza de las juventudes. Pues bien, en Alcázar, la Plaza auténtica se deshizo por circunstancias especiales de su vida y sigue sin concretarse la nueva forma.

La tercera salida hacia Los Sitios, era la Corredera, cuyo nombre por lo expresivo respecto de la función que desempeñaba no necesita explicaciones.

Los factores vitales han influido de diversa manera en la fisonomía de este importante barrio que no debía haber perdido su eufórico nombre.

La necesidad de descongestionar la Plaza, llevó hacia el arroyo y sus alrededores a los vendedores y almacenistas de todo orden, contribuyendo a urbanizar esa gran barriada.

La carretera de Herencia dando fácil acceso a la ciudad, colocó y sigue colocando a su alrededor un sin fin de edificaciones importantes.

La Estación y la buena vista de Ricardo, hizo desaparecer La Montijana de aquel lugar buscando el transporte fácil, económico y cómodo.

A pesar de todo, aquella zona sigue mereciendo la atención de los hombres de empresa.

El Estanco de la Plaza

Establecimiento antiquísimo. Cuenta 135 años de existencia, con personalidad propia y sostenida en el concepto del público que nunca se pronuncia en balde aun cuando no conozca los fundamentos de su decisión.

Lo han tenido tres mujeres tan listas, que mandando en todo, han hecho que se conserve la idea de que eran ellas del estanco y no el estanco de ellas. Tomasa, Clotilde y Marina, las del estanco y no el estanco de la Tomasa, la Clotilde o la Marina. El estanco se le adjudica a la Plaza y nada más; es decir al pueblo, dejando en la penumbra la mano habil que lo timonea.

En la vida corriente, algunas veces el elemento masculino pierde su jerarquía al ponerse en contacto con el elemento femenino. Casos de mujeres con personalidad propia o tradicional muy acusada y con poco tacto, en cuya compañía el hombre se convierte en el marido de tal o cual.

La mujer, mujer y además discreta, aparte de gustarle ser dominada y mandar diplomáticamente, que es lo suyo, procura no alterar el orden y conservar el equilibrio, no ya en relación con las personas sino incluso con las cosas y eso les ha pasado a las interesantes estanqueras de la Plaza.

Ha sido siempre aquel un lugar agradable, atrayente y de confianza al que se ha podido ir incluso con una pena, con un apuro o con un pesar, seguro de encontrar consuelo, ayuda o aliento, pues, un no sé qué suave y sugestivo invita allí a tomar la cajetilla y abrir el corazón encendiendo la mecha del afecto que no se apaga nunca ya.

Esta ha sido la razón de que allí se sepa siempre todo, porque hasta el aire se na complacido en meterse por las rendijas con los rumores más extraños, pero allí se ha acogido todo rumor con la mayor naturalidad y se han visto precisas y claras sus únicas posibilidades dejándole rodar sin aspavientos y sin envenenarlo.



Marina Carreño en traje de cantinera del pelotón de Crespo, en el Batallón Infantil.

Dos hermanos notables

y una obra generosa

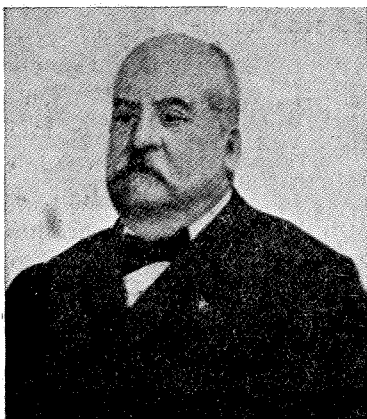
D. JOAQUIN

Decir D. Joaquín en otros tiempos, no hubiera ofrecido duda para ningún alcazareño de a quien se refería: tal era su singularidad.

Hoy, después de conocer la facilidad con que se olvidan las buenas obras y la rapidez con que se marchitan las glorias humanas, hay que suponer que aun diciendo todo lo que es justo decir de aquella personalidad, apenas haya quien sepa de quien se trata, es decir, que aquel D. Joaquín a quien se referían todos los alcazareños cuando pronunciaban este nombre, principalmente en momentos de alguna necesidad que precisara urgente y generoso remedio, era D. Joaquín Álvarez Navarro, el que empezó las obras del Asilo que fundó su hermano D. Federico y fué el paño de lagrimas de todos los necesitados mientras vivió.

No era alcazareño, pues había nacido en Santa Marta (Albacete) el año 1836. Falleció en Alcázar el 7 de Octubre de 1906. Era Abogado y ejerció durante veinte años. Fué Alcalde, Diputado provincial y Presidente de la Diputación, pero sobre todo fué una verdadera institución en Alcázar y su entierro probablemente la manifestación de duelo más sentida en esta Ciudad. No en balde había derramado a manos llenas su caudal entre los necesitados. Pinto su morillero, era la mano de que se servía para socorrerlos. «¡Que no pase nadie hambre, ni frío, mientras yo pueda remediarlo, Pinto!», decía D. Joaquín. Y Pinto daba plena satisfacción a su amo.

Los desengaños de la vida y los funestos enconos personales característicos de la vida



D. JOAQUIN

lugareña hicieron que cada vez se alejara más de la vida activa que tuvo en sus buenos tiempos, reclusándose en su magnífica biblioteca que gozó fama de ser lo mejor de La Mancha.

Mientras vivió, no solo fué el protector de todos los menesterosos del pueblo, sino el amparo de la administración de las entidades más destacadas de la población, como el Ayuntamiento

y el Casino, a cuyo frente se puso en situaciones de bancarota, levantándolos felizmente. Mucho tiempo fué esa personalidad patriarcal, indispensable en todos los pueblos, a la que se puede ir en busca de consejo, de mediación amistosa para el arreglo de conflictos enojosos, de hospitalidad digna para un huésped de acomodación difícil en otras casas, de gestor u orientador de problemas comunales y de tantas otras cuestiones como la vida de las comunidades vecinales plantea a cada momento.

Vivía en la calle Resa, frente al Conde, en la casa donde está la Estación Enológica, siendo también de su propiedad las colindantes. Esta calle era entonces la principal del pueblo, hasta que poco a poco fué perdiendo su carácter a causa de la vida comercial impuesta por el paso hacia la Estación por la calle Castelar y al morir D. Joaquín decreció también la atención popular hacia esta calle, cada vez más silenciosa y umbría como todas las inmediatas a las vías principales de las grandes ciudades y como todas las en que se eclipsa algún foco de gran actividad y D. Joaquín fué un astro de primera magnitud para el pueblo y para su calle, cuya falta se hizo notar muchos años.



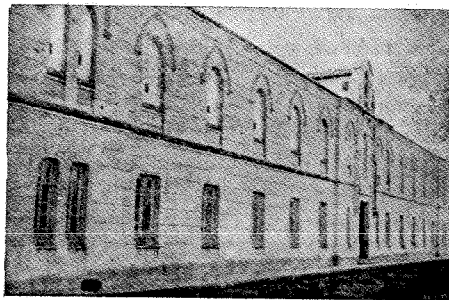
D. Federico y D.ª María Antonia

D. FEDERICO

D. Federico tenía en Alcázar menos popularidad que D. Joaquín, por residir en Madrid y no ser tan numerosos los favores dispensados. El respeto que inspiraba y el afecto que se le tenía eran sin embargo considerables y en cuanto a las buenas obras si por razón de residencia habían de ser menos numerosas, su volumen compensaba sobradamente la cifra, y la última, —el Hospital Asilo—concluida después de su muerte, constituyó digno remate de una de las vidas más meritorias que se han desenvuelto en Alcázar.

D. Federico había nacido en Santa María también, pero de hecho era alcazareño, y de aquí salió para Madrid a los veinte años, colocándose de amanuense en una escribanía, detalle que le retrata de cuerpo entero y que basta y sobra para juzgarle, sobre todo para juzgarle, quien sepa lo que eso supone; entró de escribiente y acabó de Notario de Madrid, dándole tiempo de ejercer durante cuarenta años. Dice Manzanque que fué muy trabajador, pero no era menester decirlo; con lo apuntado basta para comprenderlo.

No tuvo hijos. Falleció a los 78 años, el 14 de Febrero de 1908. Su cadáver vino a Alcázar al día siguiente y el 16 se enterró, acompañado de todo el vecindario, que hizo una de las más nutridas y sentidas manifestaciones de duelo que se hayan producido en Alcázar. Era do-



Fachada del Hospital Asilo.

mingo por la tarde. El cortejo salió de la «Casa de D. Federico» que era la que hay en la calle de Castelar esquina a la del Galgo (hoy consagrada a otro alcazareño ilustre, al Dr. Alberca Lorente).

Su esposa, Doña María Antonia Fernández Villarejo y Navarro, que había firmado con él la fundación del Asilo, concluyó la obra y la inauguró quedando para siempre unidos los dos nombres en el corazón de los buenos alcazareños, D. Federico y Doña María Antonia: «Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando».

El lugar donde se levanta el hermoso Asilo en la calle de las Cruces, fué el molino de aceite de D. Joaquín, con un alacel colindante del mismo propietario, correspondiéndole a don Federico por herencia de su hermano, que murió soltero.

Las obras dieron comienzo el 1.º de Marzo de 1907 y terminaron el 20 de Octubre del 1908. Verificándose la inauguración el día 31 del mismo mes y año, que fué solemnísima y con asistencia de D.ª María Antonia. Al final de la función religiosa, D. Oliverio levantó acta de la inauguración y entrega del edificio al pueblo de Alcázar, y en su nombre al Ayuntamiento, con la condición de que no pueda dársele otro destino que al de Asilo y Hospital, y el Ayuntamiento lo entregó a las Hermandades de los pobres, que ya tenían a su cargo estos servicios en la calle de Santa María, en cuya

casa número 3, llevaba instalado 122 años, desde el 22 de Octubre de 1786.

Manzanaque, dando una prueba más del interés que sentía por todas las cosas de Alcázar, procuró puntualizar todo lo posible los antecedentes de esta institución y refiere que el único Hospital que teníamos desde tiempo inmemorial hasta el último tercio del siglo XVIII fué el conocido con el nombre de **Casa de Caridad** en la calle Resa, con Capilla, entre las casas núm. 12 y 14, la primera de D.^a Luisa Tapia, Vda. de don Marto Espadero y la segunda del Sr. Conde de las Cabezuelas. El solar de la Casa de Caridad, lo compró al Estado D. Antonio Tapia, padre de D.^a Luisa, el año 1864 y la unió con su citada casa núm. 12.

El Altar Mayor de la citada Capilla, estaba a la derecha y en la izquierda había un locutorio unido a la casa del Sr. Conde, para que este y su familia pudieran oír misa, privilegio que tenía la casa.

Manzanaque conoció esto en estado ruinoso.

Por los años 1770 al 80, el Infante don Gabriel, Gran Prior, viendo que la Casa de Caridad era insuficiente, dispuso que se habilitara para hospital la casa de la calle de Santa María, que pertenecía al Priorato, y por lindar con la Capilla de Nuestra Señora de los Angeles, se podía economizar en las obras de adaptación el gasto de construir otra.

Las innovaciones de la época, hicieron que el Hospital quedara a cargo de una familia pobre, retribuida mezquinamente, con la obligación de cuidar alguno que otro enfermo que ingresase sin que pudieran hacerlo más de dos porque la renta de dos casas y algunas tierras que tenía el establecimiento no daban para más.

La administración estuvo muchos años a cargo del Notario Eclesiástico D. Benito Pérez, (Benitillo Pérez, le decían), hasta que el Estado vendió las fincas que tenía el Hospital como comprendidas en la Ley de desamortización, y al liquidar su importe la Dirección de la Deuda expidió inscripciones intransferibles de la renta al 4% que entregó al Ayuntamiento, desde cuya fecha (año 1861) quedó el Hospital a cargo del Municipio, pero el servicio seguía desempeñado por una familia pobre y mal retribuida hasta que el año 1882 las Hermanitas de los pobres solicitaron el edificio para destinarlo a Asilo de ancianos pobres desamparados. El Ayuntamiento acordó concederlo y el día 9 de Mayo de 1883

vinieron cinco Hermanitas a hacerse cargo del edificio, del cual salieron en la fecha que nos ocupa para habitar el fundado por D. Federico y Doña María Antonia.

Lo expuesto es bastante verosímil pero la imparcialidad obliga a consignar que entre las personas bien informadas del barrio como doña Amalia M. de Lara, Doña Carmen Paniagua, Doña Cesárea Romero y otras se conserva la idea de que el **Hospital Viejo** lo hizo D. Andrés Mazuecos siendo Alcalde y que él trajo las monjas.

No es imposible, pero para nosotros no es fácil aclarar estos extremos. Ahora bien, las referencias que tenemos es de que las monjas vinieron como queda dicho el 1883 y en ese año era Alcalde D. Juan Castellanos Arias. D. Andrés Mazuecos fué Alcalde los años 1869 y 70. Era propietario y fabricante de jabón, le decían el «Tuerto el Jabonero». Hizo las glorietas de Santa María y Santa Quiteria, poniendo árboles. Aumentó los faroles del alumbrado público y cambió el aceite de oliva por el petróleo para alimentarlos. Cuentan que Andrés Mazuecos fué hombre alegre y amigo de fiestas y gran animador del barrio en momentos de depresión de los ánimos, como el año del cólera, que organizó un gran baile con buñuelos para levantar los espíritus abatidos por la epidemia. Por cierto que algún chusco echó almíbar en la masa de los churros y se disgustó tanto el organizador que suspendió el baile. Vivía enfrente de la Capilla.

Hemos tenido curiosidad por conocer cómo reaccionó Alcázar ante la actuación de D. Federico, cosa muy difícil de concretar ahora, aunque sabemos que cuando D. Federico tenía ya muy adelantadas las obras del Asilo que donó a Alcázar, sobre el mes de Noviembre de 1907, se le sugirieron algunas ideas que demuestran cómo se apreciaban estos problemas entonces y qué necesidades se sentían.

Acostumbrados a las instalaciones anteriores, todas humildísimas, más bien misérrimas, los visitantes de las obras se quedaban maravillados de la amplitud de los locales y de la esplendidez de su iluminación y ventilación. Algún técnico, que no consta, o tal vez algún acuerdo entre los varios que ejercían entonces, indicaron que sería conveniente hacer una sala de operaciones y un laboratorio, agregando la de comprar para la primera un esterilizador portátil de unas 250 pesetas, una mesa de metal para operaciones, curas y reconocimientos, de unas 500 pe-

setas Instrumental para las diferentes operaciones, unas 1000 pesetas y una máquina eléctrica para dar corrientes, 500 pesetas. En cuanto al Laboratorio deseaban dotarlo de un microscopio de 1000 diámetros para el reconocimiento de carnes, pescados, harinas y demás artículos de alimento, de un coste aproximado de 1400 pesetas, destinando a tubos, pipetas y demás accesorios, 150 pesetas.

Como se ve ésto, fué una petición, no una aportación, pero como queda dicho, revela la atención con que se consideraba la obra y la forma en que se apreciaban las cosas.

El estímulo mayor lo sintió la mujer, que abrogándose la representación del sentimiento general hizo cuanto pudo para dotar al nuevo Asilo de lo necesario para empezar a cumplir su misión.

La Junta que se constituyó, estaba formada por Doña Encarnación Patón, de Corrales, Resa nº. 9; Doña Pilar Alvarez de Lara, Altozano; Doña María López, de López Tapia, Trinidad; Doña Enriqueta Sáinz, de Pantoja, Plaza; Doña

Magdalena Moreno, de Palmero, Castelar; Doña Isidra Ortega, de Merino, Feria y Doña Francisca Hervás, San Francisco.

Con diferentes personas esta Junta estuvo actuando muchos años, aprovechando todos los momentos favorables para atender las necesidades de los asilados y hasta en nuestro gran Carnaval, la tribuna de la izquierda de la puerta del Ayuntamiento era puesta por las damas del Hospital Asilo. En nuestro primer fascículo aparece una vista de ella, ocupada por las señoras de la Junta.

La vida ha cambiado mucho desde entonces. Ya van quedando muy pocas personas de aquella época. Era un deber nuestro hacer que las nuevas generaciones tuvieran alguna idea de esta fundación y que aquellos de los venideros que sientan curiosidad por conocer las buenas obras realizadas en el pueblo, tengan un sitio en qué poder iniciar ese conocimiento, perpetuándose, como es debido, el recuerdo de don Federico y D.^a María Antonia.

Simplezas

EL AMOR A LA TIERRA

Lo que es el amor al pueblo de uno nadie lo sabe, pero uno se acuerda con mucho sentimiento de escenas de ternura que le remueven el alma. De un día de San Marcos pasado en la zanja de la Veguilla, amparados por un cebadal inmenso bajo un sol brillantísimo.

Se había comido con apetito. Se oía mucho ruido en el pueblo y tiraban cohetes. Era que se efectuaba el escrutinio de unas elecciones apasionadas, en el Ayuntamiento.

Reinaba la felicidad en la paz de aquel campo.

El padre, veía gozoso su siembra.

La madre, se satisfacía de ver al hombre alejado de aquellas luchas del lugar.

Ambos eran dichosos viendo a su chico y a su chica, jugar en la hierba.

Pero todo y todos se fueron tras muchos sufrimientos. Solo queda el recuerdo, un recuerdo muy sentido, que no se borra jamás.

A lo mejor, es que el amor a la tierra, está hecho del dolor de cada día, que no se puede olvidar y del gozo fugaz, que no se puede rememorar sin pena.

«PELECHA»

Su verdadero nombre era Maximino Checa Quintanar. Achaparrado, pitañoso, cerrado de barba, pero no de caletre, amigo del trago y del tabaco fuerte.

Tenía varios hijos, convenientemente enseñados.

Como los plebeyos de Roma sublevados contra sus acreedores, se retiró al Aventino y vivía en el molino de las Cenjoras, el de la izquierda de la carretera de Miguel Esteban, en cuyo silo hizo buena vivienda, aprovechando los elementos del terreno, para camastros muy bien protegidos. En el Egido del molino plantó parras.

Mejor avenida con la **pesc**a en campo abierto y la mendicidad que con el trabajo, pero sin embargo solía agarrarse a faenas calificadas como las de sacar estercoleros y un día sacó el de D. Oliverio, que sorprendido por el importe pedido, le dijo que ganaba más que él, a lo que «Pelecha» respondió.

—«¡Toma, haber sabido elegir oficio!».

AQUILINO Y SU BUFANDA

Su estatura media; el aire desmañado, el color terroso. La boca grande y rebosante de saliva. El mirar apagado. Unos pantalones de pana con los bolsillos ensanchados como alforjas, con las manos siempre dentro. El cuerpo envuelto en una bufanda corta hasta las caderas. Sobre el embozo la nariz afilada con una gota de líquido transparente, que recoge con el pulpejo de la mano y limpia en el pantalón. Hace un sol espléndido. El Cristo de Villajos, su barrio, está rebosante

de gente contenta.

—¡Hombre, Aquilino, ¿cuándo tiras la bufanda?

—No hay que fiarse del cierzo.

—Pero hombre, Aquilino, ¡si estamos sudando!

—Sí, luego más adelante, no hay que fiarse del cierzo.

Era la gran obsesión del espíritu simple de Aquilino Pérez, que todo lo veía diferente.

¿CÓMO ES ALCÁZAR?

Nadie lo ha puntualizado. Todos dicen que es especial y, al decirlo, se pone mohín de disgusto. Pero nadie ha pasado de los lugares comunes al definirlo, ni penetrado en su entraña. Acaso sea preciso fabricar los instrumentos que hayan de horadarla creando instituciones culturales y situar el concepto en medio de la calle, al tropiezo de todos, rodeado de un halo sentimental que lo haga ineludible y que podemos llamar alcazareñismo.

Alguna vez, si se acierta más o menos, al escribir, con la vena de esa corriente, se recibe una impresión confortante con las más expresivas, lejanas y heterogéneas manifestaciones de cariño. Existe la levadura—¡vaya si existe!—pero hay que meterla en la masa fermentativa para que alce, como el pan bendito y para que conociendo lo que somos, podamos levantar el nivel alcazareño a lo que quisiéramos ser. ¡Hagamos, hagamos alcazareñismo!

SENÉN Y SU BORRICA

Senén era un hombre encorvado, contrahecho, esquilador de oficio y de tal calidad, que no encontraba mulas mansas, porque sus torpes tijeretazos las convertían en falsas. Las máquinas y tijeras de esquilas las llevaba colgadas de los pantalones, a los lados, y parecía que llevaba aparejo de aguaderas.

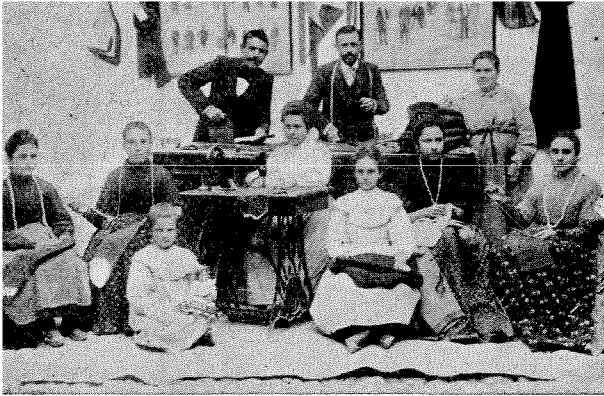
Su borriquilla era negra, pequeñeja y rabicoria.

Aunque el recuerdo de Santiago Flo-

res es inseparable de la borrica, la verdad es que iba con ella más su mujer—una Bole-
ra, tuerta—que la llevaba cargada con aguaderas de cuatro cántaros, repartiendo agua por las casas.

Vivía en la calle de los Yeseros, junto a «Tachuela» y la «tía Cocota».

Lo más notable de su existencia, es personificar la vida reducida a la más humilde significación.



Castor el sastre en su obrador, el 28 del 10 de 1903, con la cinta métrica al cuello y las tijeras en la mano derecha. La gorra sobre un cuadro de figurines y la capa coigada en un clavo. Con él de pie, a su izquierda, está su esposa, todas sus hijas, el oficial y las oficialas de aquella época.

Castor hizo la caridad de vestirnos desde chicos. Era Delgado de apellido y bastante fino en su porte. Tanto él como su hermano Polonio—(el zapatero)—hablaban de haber tenido un padre muy rígido y duro con

ellos. Puede que la amabilidad les viniese por el lado materno, pero el hecho es, que ellos eran bastante delicados en el trato, comedidos y prudentes en sus juicios y formales en su proceder. Castor había perfeccionado su oficio en Barcelona, siendo frecuentes en sus conversaciones las invocaciones a la ciudad Condal, factor formativo en él, que indudablemente influyó en su actuación en la traída de aguas a Alcázar, pues como se dijo en el Fascículo II, Castor Delgado Marin, es el promotor y primer firmante de todos los documentos previos que se hicieron para dotar de aguas potables a la ciudad de Alcázar de San Juan. Séale rendido este tributo de justicia, de cariño y de agradecimiento.

II

Pasó el verano de 1906 en medidas y tanteos, y el 2 de Diciembre del mismo año se presentó el proyecto de Estatutos, precedido de un prólogo, en el que la Junta directiva interina da cuenta de su gestión y de las circunstancias felices que fueron acrecentando la magnitud del proyecto; tales fueron los ofrecimientos de Criptana para sumar sus esfuerzos a los de Alcázar hasta conseguir el agua necesitada por ambas poblaciones, cuyos representantes, compenetrados ya, lograron hacer participar en el proyecto al pueblo de Tomelloso y todos unidos se decidieron a acometer la empresa con el mayor entusiasmo.

Asesorados por el Ingeniero D. Enrique Alcaraz, procedieron a reconocer los sitios más a propósito para la captación del agua, fi-

En este grupo aparece sentado el primer Presidente que tuvo el Consejo de Administración de Aguas Potables, el Farmacéutico D. Domingo Andújar Fernández-Checa. La fotografía está hecha en La Covadonga y seguramente en día de visita oficial, porque casi todos los que figuran en ella, desempeñaban cargos públicos en aquella fecha y que son de izquierda a derecha, Antonio Campo, segundo Teniente Alcalde; Enrique Manzanque Tapia, Secretario de Ayuntamiento, único Secretario que ha dejado un recuerdo perdurable y al cual aludimos con tanta frecuencia; Alvaro González Mena, con aire de mejicano, Alcalde; Andújar, primer Teniente Alcalde; Nicomedes Morollón, Oficial Mayor del Ayuntamiento. Los dos de la gorra y el jarrete, no hemos podido identificarlos con seguridad, a pesar de haberlo consultado con personas muy autorizadas por sus conocimientos y amor a las cosas locales. Las probabilidades indicadas son denegadas por las familias y ante eso...

Pero no hay por qué ocultar la opinión de nuestros amigos, conforme en que el más pequeño es Marto, el barbero, y el otro Máximo, Máximo con equis, le dijo él en cierta ocasión a D. Gonzalo que iba a escribir su nombre. Era un hombre de rasgos característicos y elemento complementario de la fisonomía de la Plaza muchos años. Tenía la tienda en los Portales, entre la Gorgusa, o la Relojería de Zacarías y la Confitería de Espinosa. Los Portales eran como el gran mirador de la Plaza, refugio, además, para los desocupados, contra las alteraciones atmosféricas, que de este modo podían pasar su vida

LOS PROBLEMAS F
DE LA VIDA A

El N

(CONTINU)

jando su atención en las Lag de ellas como punto más coranado El Atajadero, donde se del Gran Prior.

El proyecto de Estatuto rrique Alcaraz, fueron public general, aportación de iniciat

El Sr. Ingeniero inició deraciones sobre la elección los puntos en que podía fijars del Guadiana, tomadas bien en las alto del río o en alguno de los man aguas que con seguridad podían al Marañón. Para poder incluir en el pr Villa de Tomelloso, se desechó la se

En cuanto a las lagunas, se serias dificultades económicas para se pensó en utilizar las aguas del G jo de la Laguna del Rey.

El atajadero y las fuentes d aguas arriba, se consideraron punto toma y decidido por el Atajadero, h D. Enrique Alcaraz, favorecido con



UNDAMENTALES LCAZAREÑA

g w n

ACION)

inas de Ruidera, y dentro
veniente, el lugar denomi-
halla la presa del Canal

os y el informe de D. En-
cados para conocimiento
ivas y rectificaciones.

su informe con las consi-
del manantial, lamentando que
se quedasen reducidos a las aguas
Lagunas de Ruidera, en el curso
antiales que a él afluyen o en las
umbrarse en las proximidades de
proyecto el abastecimiento de la
olución de Marañón.

consideró que la del Rey ofrecía
sacar el agua al llano, por lo que
uadiana a 12 kilómetros más aba-

el Sotillo, situadas 5 kilómetros
s a propósito para las obras de
izo su anteproyecto el Ingeniero
un desnivel de 50 metros, facil-

Esta fotografía representa, según creemos, una junta directiva del Casino Principal. Está hecha en el patio de D. Julián Pantoja, cuando vivía en la Plaza, y la preside D. Andrés Cárdenas, que aparece de pie y en el centro de la mesa, teniendo a su espalda al dueño de la casa. La razón de que lo publiquemos en este lugar, es porque en ella figuran casi todos los primeros gestores de la traída de aguas y con la fortuna de haber hallado a Castor en su sastrería, ya podemos dejar constancia fotográfica de este grupo de beneméritos alcazareños, que son además de Castor, Jesús Lucas, primero de la izquierda, de pie, de esta fotografía, Antonio Castellanos, el del centro, sentado, de la izquierda y Tomás Álvarez, el primero, de la derecha, sentado. Los demás de la fotografía no citados, pero muy dignos de recordarse, son el Zapatero Gordo, Eduardo Castellanos, Bonifacio Cano, Eulogio Quintanilla y Joaquín Escribano, primer escribiente de la Sociedad de Aguas Potables, a la que dedicó toda su actividad mientras vivió.



mente aumentable, que permitiría toda clase de soluciones. Para la cantidad de agua que debía conducirse, se atuvo a la ley de aguas que señalaba la dotación de 50 litros, por día y habitante como máximo que debería concederse, llegando a la conclusión de que para las tres poblaciones de Alcázar, Tomelloso y Criptana, se necesitarían 2314 metros cúbicos diarios— a 2675 litros por segundo.—

En las obras de conducción vió la dificultad del proyecto por el coste enorme de 50 kilómetros de cañería y la perplejidad en la elección de rumbo con el deseo de reducirlos, fué la causa que retrasó más la confección del anteproyecto, así como la duda para elegir entre la cañería de acero y la de hormigón, en relación con los tres tramos en que dividió el perfil: Atajadero-Tomelloso; Tomelloso-Alcázar y Alcázar-Criptana.



observando lo que pasaba; junto a ellos, estaban siempre los barquilleros y algunos transeúntes mendicantes.

Máximo, lo mismo que Camilo, su compañero de la esquina, no faltaba de allí nunca. En la modestia de su oficio tenía cierto orgullo de familia y tenía gracia y entendimiento claro. Era típica en él la forma del pantalón con grandes campanas, con las que trataba de disimular los enormes juanetes de sus pies.

No hemos podido aclarar todavía, la razón de esta fotografía. Parece ser que La Covadonga fué hecha por un grupo financiero de Asturias, el de la Banca-Herrero y que D. Alvaro, como asturiano, desempeñaba la gerencia. Pudo hacerse esta fotografía el día de la inauguración, pero es raro que no haya ninguna representación de los dueños. Pudo ser que los municipales fueran a algún otro acto y después hicieran un zurrilla allí. El aire que le da Marto al jarrete es muy sospechoso y más todavía el gesto de Máximo.

En el óvalo, sobrepuesto, con boina que entonces no usaba, aparece Jesús Barrilero, «El Escribiente» que era el único de que no teníamos fotografía y que nos ha sido facilitada por D. Andrés Ramiro Lucas, con lo cual queda ya constancia fotográfica de todos los que formaron la Comisión que dotó a Alcázar de agua potable. Jesús era el hombre del cual no se podía prescindir para nada que supusiera llevar papeles bien llevados; esto es, con orden, claridad y exactitud. Era, además, una excelente persona, muy parecido a Castor.

El presupuesto de gastos contenido en el anteproyecto fué el siguiente:

1.—Obras en el río o en el manantial, toma de agua, filtros o galerías filtrantes, compuertas, registros, etc.	10.000	ptas.
2.—6.700 metros de cañería de hormigón de cemento de 0'40 metros de diámetro, a continuación de la toma y en los puntos 1 a 3 de perfil, a 5'80 pesetas el metro, zanja incluida	38.860	«
3.—Registros, uno cada 250 metros en este tramo, a 50 ptas. uno . .	1.350	«
4.—7.700 metros de doble cañería de hormigón armado, desde el punto 3 del perfil hasta el 5, o sea hasta Tomelloso, a 16'72 pesetas, zanja incluida	128.744	«
5.—28.950 metros de simple cañería de hormigón armado de 0'25 metros de diámetro, como la anterior, a 8'36 ptas.	242.022	«
6.—Llaves, compuertas, ventosas, accesorios varios	5.000	«
7.—Red urbana de Tomelloso, 18 kilómetros, a 4.000 ptas.	72.000	«
8.—Acometidas en dicha población, 1.500. a 10 ptas.	15.000	«
9.—Depósito de Alcázar de 2.000 metros cúbicos	35.000	«
10.—Red urbana de Alcázar, 16 kilómetros.	64.000	«
11.—Acometidas en dicha población, 1.200	12.000	«
12.—Red urbana de Campo de Criptana, 10 kilómetros	40.000	«
13.—Acometidas 800	8.000	«
14.—Depósito de 1.000 mts. cúbicos.	25.000	»
15.—Conducción desde Alcázar a Criptana, 7 kilómetros, a 9.150 los 3'50 primeros y a 7.560 los restantes	58.485	«
16.—Dos bombas centrífugas con sus respectivos motores eléctricos. .	8.000	«
17.—Transformadores, cuadros de distribución, aparatos de medida etc.	4.000	«
18.—Edificio para la instalación de máquinas, almacén, oficinas, etc.	6.000	«
19.—Imprevistos, expropiaciones, derechos de la Hacienda, etc. . .	76.539	«
Total	850.000	«

D. Enrique Alcaraz se hacía la pregunta de si debería intentarse ese servicio por la inicia-

tiva privada con probabilidades de encontrar una legítima remuneración y calculó el presupuesto para 1.500 acometidas en Tomelloso, 1.200 en Alcázar y 800 en Criptana; en total 3.500. A 36 pesetas anuales, término medio, hacen al año 126.000 pesetas, de las cuales rebajaremos, para no pecar de optimistas, al 10 por 100, dejándolas en 113.400.

Los gastos de explotación previstos eran los siguientes:

Sueldo anual de un Director	3.000	ptas.
Idem de dos Encargados para los dos pueblos en que no resida el Director, a 1.500 ptas. cada uno .	3.000	«
Tres maestros fontaneros, a 3 pesetas diarias, uno en cada pueblo .	3.285	«
Tres cobradores en las mismas condiciones	3.285	«
Un Contador con residencia en el pueblo en que resida el Director	2.000	«
Un Maquinista, a 3 ptas. diarias (suponemos motor eléctrico) . . .	1.095	«
Cuatro guardas jurados para la vigilancia de la cañería y manantial, a 2 pesetas diarias	2.920	«
Impuestos	500	«
Material de oficina, alquileres, etc. .	1.000	«
Consumo de energía para la máquina elevatoria de Criptana	3.500	«
	23.585	«
Imprevistos, el 2 por 100	472	«
Total gastos de explotación . . .	24.057	«

Calculó el Sr. Alcaraz, un plazo de cuatro años para la ejecución de las obras y para allegar recursos se inclinó a la constitución de una Sociedad Anónima, por acciones en la forma ideada por los iniciadores.

Se aprobaron en esta reunión los Estatutos y continuaron las gestiones, hasta que el 30 de Junio, se celebró otra reunión en el Ayuntamiento, esta vez presidida por D. Ezequiel Ortega, como Alcalde y con asistencia del Sr. Ingeniero, la Junta *interina*, que ya conocen nuestros lectores y muchos vecinos de Alcázar y Criptana, para elegir el Consejo *interino* de Administración, previsto en los Estatutos.

Se nombró una Comisión nominadora, compuesta por D. Luis Espadero, D. Alvaro González, D. José Forner y D. Enrique Manzaneque, que después de deliberar en una sala separada propusieron la siguiente candidatura: Presidente, D. Miguel Henríquez de Luna, Vicepresidente, D. Domingo Andújar, Tesorero, D. Julián López

Tapia; Secretario, D. Jesús Barrilero y Vocales, D. José Ortiz López, D. Álvaro González, don Vicente Jaén Gallego, D. Aurelio Serrano, don Luis Espadero, D. Pablo Paniagua, D. Tomás Álvarez, D. Tomás Manzaneque y D. Eduardo Castellanos.

Refiere Manzaneque, que también fueron nombrados los vecinos de Criptana, D. Alfredo Ruescas, D. Bernardo Gómez, D. Domingo Estesos y el Sr. Marqués de Torre Megía, pero no debieron aceptar porque no figuran en la escritura de constitución de la Sociedad.

Mes y medio después, el 15 de Agosto de 1907, el citado Consejo tomó una decisión de la mayor trascendencia: traer las aguas del Monte y limitar el proyecto a surtir a Alcázar solamente. Las razones en que fundamentó su resolución fueron: la inferior calidad de las aguas de Ruidera con relación a las **ricas, abundantes y claras** del Monte de nuestro término; el costo de la obra para sacar las aguas de Las Lagunas, que supondría millones; el costo también de millones de 50 kilómetros de tubería; el tener que cruzar tres términos municipales y las infinitas cuestiones y pleitos con particulares a que daría lugar, hechos todos que les hicieron ver casi irrealizable el anteproyecto presentado.

Dispuestos a realizar la obra, abrieron una suscripción por acciones de 50 pesetas, pagaderas en 48 plazos, el primero, al suscribirse, de 2'50 pesetas por acción; los 46 meses siguientes una peseta por acción y el último 1'50 ptas.

Se nombraron 12 Comisiones de 5 individuos cada una, 10 para el pueblo y 2 para la

Estación, que se encargaron de visitar uno por uno a todos los vecinos en sus propias casas para invitarles a suscribirse, y explicándoles detalladamente las características de la empresa y su importancia.

Nadie dudará del acierto de estas resoluciones. En las Comisiones iban las personas de mayor prestigio de la localidad, y se entabló cierta competencia entre ellos por ver quién hacía más, y en diez días, del 16 al 25 de Agosto que tardaron en recorrer el pueblo, se suscribieron 6012 acciones de 50 pesetas, representando un capital de 300.500 pesetas.

El mismo mes se tomaron muestras de agua de los distintos pozos del Monte, y las mandaron para su análisis al Laboratorio Municipal de Madrid, resultando ser la mejor la del pozo de Las Perdigueras, perteneciente a don Miguel Henríquez de Luna. Este no quiso venderlo, por estar cerca de su casa y servir de abrevadero a sus ganados, pero se avino a que se hiciera otro lo más cerca posible y vender el terreno que fuera necesario para el servicio del mismo.

A primeros de Septiembre, fué una Comisión del Consejo a Las Perdigueras para señalar el terreno donde debía construirse el pozo, que fué a 200 metros al Saliente de las Casas Viejas, entre estas y el ferrocarril, acordando comprar cuatro fanegas para el servicio del pozo, cuya excavación se empezó en Octubre y dió agua el día 14 de Diciembre. Un mes antes se había instalado el domicilio de la Sociedad en la casa número 4 de la Plaza del Altozano.



Después de publicado aquéllo, llegó a nuestro poder esta fotografía hecha ese día en la huerta de Santiaguillo, donde figuran todos los López y Ortices de Alcázar, en actitudes que reflejan bien claramente el regocijo con que todo el mundo celebró el acontecimiento.

EN el Fascículo primero, dimos una referencia circunstanciada de lo que significó el eclipse total de sol del año 1900, acontecimiento que no admite comparación con ningún otro anterior o posterior.



Las yuntas de «Hermosura», jóvenes y vigorosas, llegan a la era con las espléndidas galeras de cinco cercos, magníficamente cargadas.

Agricultura y gan



Doña Remedios Baillo en sus buenos tiempos, rodeada de los mayores y encargados, que la auxilian en el desenvolvimiento de su agricultura y ganadería.

Este trabajo, como los demás del presente cuadernillo y otros muchos, se escribieron hace tiempo y debieron publicarse hace un año, por lo menos. Ahora, ya no existe Doña Remedios y a punto ha estado de que yo tampoco, no obstante he preferido conservar la redacción anterior esperando del buen juicio del lector que salve estas pequeñas diferencias.

GRANDE entre las grandes se consideraba siempre la casa de los Condes. El título era único, pero la denominación pública se hacía siempre en plural, comprendiendo en ella las ramificaciones de la familia en el curso del tiempo y la consiguiente división de la hacienda, hacienda inmensa, estática, inmovible, fiel testimonio de un conservadurismo integral, inmodificable.



En una de esas incomparables mañanas del Monte, se acriba el trigo en la era de «Hermosura».

Las ovejas de Doña Remedios en el grandísimo aprisco, delante de la casa. Aunque no se hayan seguido métodos muy especiales de selección y cuidado, de este ganado han salido magníficos ejemplares y los únicos, después de D. Enrique Bosch, que han hecho sonar el nombre de Alcázar en los grandes certámenes.



Idería alcazareña

Una de esas ramas era y es D.^a Remedios, a la que solía dársele el apelativo de la Barreira, por apellidarse así su marido.

Llamaban la atención siempre las yuntas de los Condes, por lo numerosas y bien presentadas y al entrar en casa de D.^a Remedios, llenaban la calle y el largo porche de la casa de Marañón.

Entre las fincas llevadas por la señora, se destacó siempre la llamada «Hermosura», cerca del Lugar Nuevo, a la que todavía sigue dedicando D.^a Remedios preferente atención.

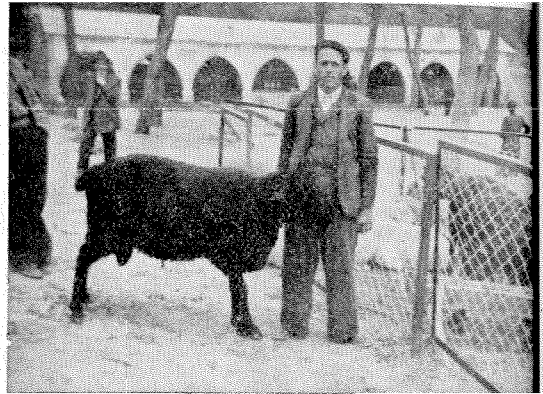
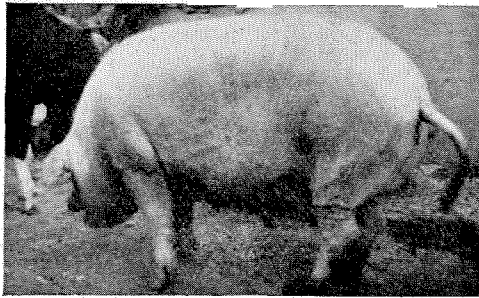
Hemos tenido la suerte de reunir unas cuantas fotografías, que nos permiten dejar constancia gráfica de lo que han sido estas labores de primera categoría, dentro de un estado primitivo, sin el menor indicio de transformación. Ellas servirán de contraste a las que hemos de incluir en reseñas posteriores.

El zagal Pascual Muñoz, hijo del mayoral, en la puerta del chozo de pastores que instaló Doña Remedios en la primera Feria del Campo



Lote de ovejas manchegas, que obtuvo el primer premio de producción de lana en la primera Feria del Campo.

El semental Artesano de 105 kilos, galardonado con un primer premio en la primera Feria del Campo.



Cerdo de cría, de «Hermosura».

CALLES TRANSFORMADAS

El Cristo de Villajos

Lugar privilegiado, verdadero núcleo vital de la población al que afluyen siete calles principales y una secundaria, por donde corren todos los aires y cuyas esquinas los recortan y arremolinan en el centro para lanzarlos por la ciudad.

La vista que reproducimos, tiene más de cuarenta años. Cualquier observador puede botejar las diferencias aparentes y la perennidad psicológica de casinillo de las afueras que tiene el paraje.

La inmensidad de nuestra llanura, se deja sentir con pesadez en su ambiente; se percibe el aire, inclemente en todo tiempo, y ese raro y singular el matiz de claridad que da la luz reflejada en el suelo, reseco y calcinado, con irisaciones del salitre, que obliga a entornar la vista.

Casualmente no hay nadie, pero en las esquinas del Cristo sostenidas por un sin fin de generaciones, todos vemos al mirar, el grupo que toma el sol eternamente, con las miradas perdidas en puntos lejanísimos, sin hablar

Lentamente se acerca un nuevo contentulio y al rato dice:

— Parece que va a andar aire.

Silencio general. Después de un cuarto de hora contesta uno del grupo:

— Sí, eso parece.

Y sigue el silencio y pasa el tiempo y pasa la vida, lenta, pausada, imponderable...

La vista que ofrecemos, no corresponde, ni mucho menos, a la época en que el Cristo era una Ermita solitaria enclavada entre huertas. Se vé que está ya muy influido por la proximidad de la Estación. Corresponde a la época en que se celebraba el día de las Cruces, hace cuarenta años, con el mayor esplendor y se veían las aceras—sobre todo la de los Boteros—llenas de mozas sentadas, con sus pañuelos de Manila, los collares de aljófara, las puntillas y aquellos moños que eran un alarde de habilidad y buen gusto.



Recuerdos y costumbres agradables

"¡QUE viene Colique!". Ese era el grito de la chiquillería, agolpada para entrar en las vistas, al asomar la pareja de Colique y Cerro, que pronto la alejaría de la valla del festejo.

Helos en esta estampa, que parece un cuadro de zarzuela clásica y es su fotografía auténtica hecha en el patio de Esperón, cuyo telón de fondo trata de cubrir la escalera por donde correteaban los Esperones pequeños, inquietos y traviesos donde los haya.

Desempeñaron sus cargos como empleados del Estado muchos años, con la general confianza y simpatía, recordándose dos cosas notables de tan venturosa época: una, que jamás intervinieron en hechos graves, pues la falta de delitos de sangre era un timbre de gloria para Alcázar, y la otra, que estos hombres tan estimados pero nada escultóricos, no le hicieron jamás un feo a un vaso de buen vino, aunque fuera del Siro o de Pedro Advíncula, que tampoco eran modelos de belleza.

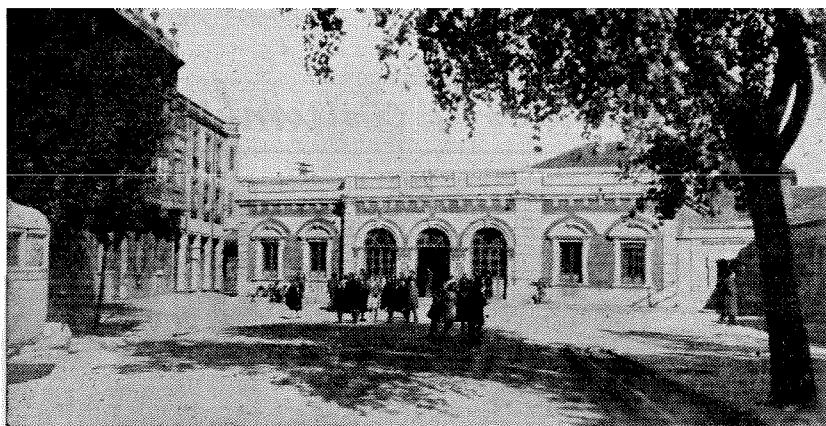
Disfrutaban el sueldo fuerte de dos pesetas y criaron familias numerosas, con la sana alegría de que aun dan muestras esos Cerros que veis por ahí sobresaliendo del llano por su bondad y sus agudas ocurrencias.

Cuántos recuerdos despertará en los buenos alcazareños esta estampa del novecientos, cuando la vida era cordial y risueña para todos y podía Pareja bailar en las bodas y los guardias en la taberna, sin que nadie creyera que se resquebrajaba el mundo. Era la alegría que brotaba espontánea, sin malicia y se la veía con gozo y generosidad.



BODA de rumbo
presidida por Morales,
el padre, de sombrero ancho,
donde están todos los
«Cornetas» del lugar.

Entrada actual de la Estación de Alcázar desde el Paseo.



Notas sueltas sobre la Estación

RECIENTEMENTE hemos publicado en diferentes sitios ciertos artículos que contienen datos propios de esta obra, por lo cual y para el más fácil acoplamiento cuando, por disponer de material suficiente, llegue el momento de dar forma definitiva a este trabajo, incluimos en este tercer fascículo algunos de ellos.

Entre todos destaca por su importancia local la certificación librada por el Ayuntamiento con motivo de la inauguración del ferrocarril, testimonio auténtico y detallado de lo que supuso esta obra para Alcázar, como se apreció su construcción por los observadores u como fue recibida por la población.

He aquí la copia del acta:

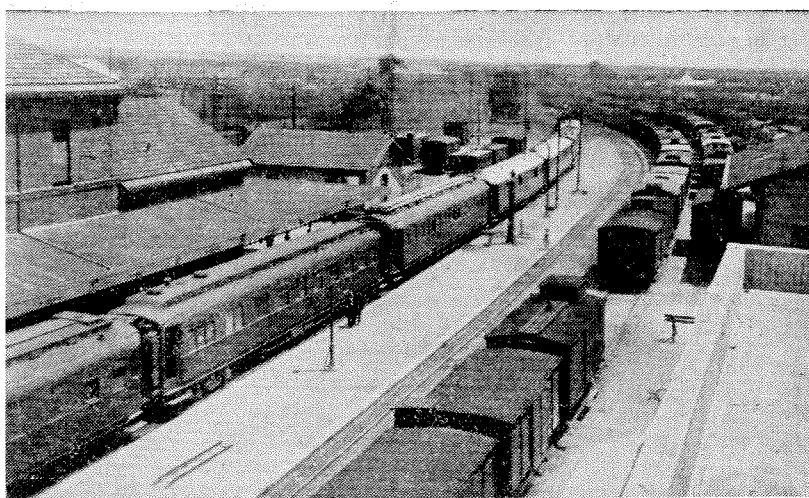
«D. Antonio Castellanos, Abogado de los Tribunales nacionales y Secretario del Ayuntamiento Constitucional de Alcázar de San Juan.—**CERTIFICO:** Que en los últimos meses del año pasado de 1851, por el Ingeniero inglés Arturo Grim y otros asociados a él se trazó la línea sobre que debía construirse el ferrocarril, poniendo o fijando banderines para el debido conocimiento en los terrenos que tomaron de propietarios particulares en este término, como se hizo en los demás por expropiación forzosa. A seguido se marcaron los puestos en que se colocaron estacas más o menos altas, según lo exigía el terreno, que debía quedar exactamente igual o nivelado, desmontando las elevaciones y terraplenando las honduras. En las obras de explanación

se dió comienzo el 1.º de abril de 1852, que fueron inauguradas, principiando los trabajos de desmonte y terraplenes por el sitio que ocupa la Estación, estando presentes el Excmo. Sr. don José de Salamanca, principal empresario del ferrocarril; el Alcalde Constitucional, D. José Antonio Guerrero; sus Tenientes, D. Pedro José Alvarez y D. Benito Pérez, con todo el Ayuntamiento; el Sr. Juez de 1.ª Instancia del Partido, don Francisco Romero del Valle, D. Juan Marietequi, Ingeniero nombrado por el Gobierno para inspeccionar las líneas; D. Francisco de las Rivas, también empresario y Diputado a Cortes y otras varias personas de esta Villa. Era por el mediodía; se echó un bando para que acudiesen con azada y espuerta todos los trabajadores que quisieran ocuparse en el camino; y habiendo acudido muchos, el Sr. Salamanca pidió a Manuel Arias (a) «Caballo», vecino de esta Villa, que vive en el Pozo Coronado, su azada, dió las primeras azadonadas, regalando a aquél diez duros en oro; precisamente vino a caer este regalo en el más necesitado quizá, pues haría bastante tiempo que no había desayunado por falta de medios, de los que carecían, como de trabajo, otros muchos de los obreros, por la esterilidad de las cosechas y pocas proporciones para adquirir el alimento. En 15 de Junio de 1852 se tasaron los terrenos por los peritos nombrados, uno por el Ayuntamiento, de acuerdo con los propietarios, y otro por la Empresa, y el pago de ellos se hizo a últimos de abril y 1.º de mayo de 1853, con arreglo a la tasación perita. La obra del F. C. remedió mucho, desde un prin-

cipio, a los braceros y obreros de todas clases y oficios, como carpinteros, herreros, albañiles, yeseros, tejeros, caleros y carruajeros. Ocupados unos en la construcción de edificios y otros en el transporte de barracas, clavos, tuercas, cojinetes y demás obra de esta clase, que traían de Alicante, así como en la conducción de traviesas desde Alcaraz, Sierra de Segura y otros puntos, en cuyos trabajos se invirtieron en la línea muchos vecinos de este pueblo y los limítrofes, pudiendo de este modo subvenir a las necesidades que, en otro caso, habrían experimentado ellos y sus familiares. Fueron adelantando los trabajos; notándose algunas intermisiones o paralización. Se verificó primero la explanación, desmontando y terraplenando hasta dejar nivelada la línea. Después se puso la grava o piedra quebrada a la altura de un pie, pie y medio o dos pies, según prevenían los Ingenieros directores del camino. Estos trabajos los tomaron a destajo muchos particulares, ajustando trozos de camino con los representantes de la Empresa a un tanto la vara o pie cúbico. Puesta la piedra gravada se fueron colocando las traviesas de madera a la distancia una de otra de dos o más pies, según, a juicio de los directores, lo exigían las rectas o curvas en que debían estar más próximas para dar mayor solidez a la obra. Sobre la madera o traviesas se fijaron las barras, rellenando los huecos de traviesa con piedra quebrada, hasta dejar la línea enrasada, y sobre esta piedra se puso una capa de arena más o menos blanca, dando preferencia a la que se encontró cerca de Piédrola, llamada de granito, muy suelta y de buen color, con cuya arena quedó cubierta toda la línea, a excepción de las barras. Los terrenos de estos areneros, como los que ocupó la vía, fueron indemnizados por la Empresa. Desde primeros de 1854, se prestó una actividad extraordinaria en la Empresa para adelantar lo posible en las obras. El Ayuntamiento

conoció la necesidad de arreglo y empedrado de la calle de las Huertas, que estaba intrasitable, así como la de abrir un camino espacioso desde dicha calle al muelle de la estación para facilitar las comunicaciones, tomando en aquel espacio parte del camino antiguo estrecho, y lo demás de los particulares lindantes. Así se acordó, construyendo un amplio camino de 15 varas para plantar en cada uno dos líneas de árboles de sombra para hermostear el paseo. Los particulares, incluso el Sr. Conde de las Cabezuelas, ofrecieron a tasación peritica sus terrenos. Estas obras se hicieron por el Ayuntamiento en los primeros seis meses de 1854, todo con aprobación del Sr. Gobernador de la provincia de Ciudad-Real.

En 21 de febrero vino el Sr. Salamanca con otros Ingenieros inspeccionando la línea. Se hospedó en casa de D. Luis Prudencio Alvarez, fué cumplimentado y obsequiado por el Ayuntamiento, y correspondió con varias gratificaciones que hizo. Al Maestro de la música le dió 160 reales; al alguacil del Alcalde, 76 reales; a las criadas de la casa de D. Luis, 120 y a los guardias municipales de esta Villa, que le acompañaron hasta Campo de Criptana el día 22, en que se marchó, 160. Ofreció, también, los árboles necesarios para los paseos del camino y mandó ciento y tantas plantas de acacia para que se pusieran en ellos hasta el muelle de la Estación. En 9 de mayo, estando ya la línea en disposición de pruebas, aunque no concluidos enteramente los trabajos, vino a esta Estación por vez primera una máquina locomotora, de un peso enorme, únicamente para probar el camino. En 10 del mismo mayo, vino con un coche de primera, en que venía el Sr. Don José de la Mora, Director de Obras Públicas, acompañado de otros altos empleados, llegando a la estación a las 3'30 y regresando como a las 4'30 de la tarde. Se anunció a los pocos días la venida del Gobierno, y, noticiado de ello el Ayuntamiento, con la anticipación oportuna, preparó un espléndido refresco en la pieza principal de la Estación, adornada con



Un aspecto de la antigua Playa de Clasificación de la Estación de Alcázar.

los retratos de SS. MM. bajo un hermoso dosel, y el 25 del mismo mayo, por su tarde, fué recibida la comitiva por la Corporación municipal, Vicaría eclesiástica, Juzgado de primera Instancia, el Clero y otras varias personas notables de esta Villa. Componiéndose aquélla de los excelentísimos señores D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, Ministro de la Gobernación y Presidente del Consejo de Ministros; D. Angel Calderón de la Barca, Ministro de Estado; D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molina, Ministro de Marina; D. Jacinto Félix Doménech, Ministro de Hacienda, interino de Gracia y Justicia; D. Anselmo Blasco, Ministro de la Guerra, y D. Agustín Esteban Collantes, Ministro de Fomento. Les acompañaban los excelentísimos señores D. José de Salamanca, el Capitán General del distrito, don Juan Lara, y el Gobernador civil de Madrid, don Javier de Quinto, Conde de Quinto; el señor General Córdoba, el Duque de Alba, el Conde de Pino Hermoso, Mayordomo mayor de S. M. la Reina; los Condes de Retamoso y Vilches; los Directores de Fomento, algunos Ingenieros distinguidos y otros funcionarios principales, quedando de este modo inaugurado el trozo de camino desde Tembleque a esta Villa, sobre cuya inauguración se explican en la «Gaceta de Madrid», periódico oficial, y otros varios de la Corte, en estos términos: «La expedición salió de la estación de Madrid a las 12'30 en el magnífico coche-salón, que el señor Salamanca acaba de traer de Alemania, y que es una maravilla en esta clase de vehículos. El tren recorrió en cien minutos la línea hasta Tembleque, y una hora después estaba en Alcázar. Es imposible pintar el loco entusiasmo que había en este pueblo. El Ayuntamiento había preparado un refresco en la Estación, y después de hacer los honores de él condujo a todos los invitados a la población, que presentaba un aspecto muy superior a todos los pueblos de La Mancha que hasta ahora ha cruzado el ferrocarril. Las calles están empedradas y limpias, y los edificios, blanqueados. Los señores Ministros visitaron la Casa del Ayuntamiento y el camino del pueblo y quedaron muy satisfechos de esta visita, que hará época en la historia de Alcázar. El tren se puso en marcha en medio de repetidos vivas, de vuelta para Aranjuez, a donde llegó a las ocho de la noche. El señor Salamanca tenía preparado un espléndido convite en su magnífico palacio, con su buen gusto habitual. El tren volvió a salir de Aranjuez a las doce de la noche y llegó a Madrid a la una de la madrugada. Todos los que asistieron a esta importante solemnidad, no se cansaban de felicitarse mutuamente, porque ya podían alejarse de Madrid en ferrocarril a treinta leguas, porque tocarían con la mano el momento de llegar al mar y ponerlo a las puertas de la Capital de la Monar-

quia, y, sobre todo, por el singular entusiasmo con que recibe nuestro pueblo obras de esta especie.

El nuevo trozo de ferrocarril, que tiene nueve leguas de extensión de Tembleque a Alcázar, se ha puesto a disposición del público por Decreto de 20 de los corrientes, habiendo sido los Ingenieros por quienes se dirigieron las obras, D. Manuel Andía, principal encargado de la línea desde Tembleque; D. Rafael Mendoza, D. José Toribio y otros, todos españoles. Por último, el telégrafo eléctrico, corriente ya hasta Villacañas, lo estará muy en breve hasta esta Villa, a la que llegan los alambres». Los hechos consignados en esta certificación han ocurrido en los términos que se refieren desde que se trazó la línea del expresado ferrocarril por este término, y habiéndose leído a presencia de los señores del Ayuntamiento, y estando conformes con su exactitud, lo autoriza con su V.º B.º el Sr. Alcalde Presidente, en Alcázar de San Juan, a veintidós de junio de mil ochocientos cincuenta y cuatro.—Antonio Castellanos, V.º B.º, Joaquín F. Checa».

En el documento reproducido hay dos omisiones que ya dejamos subsanadas en el «Ferrocarril Católico».

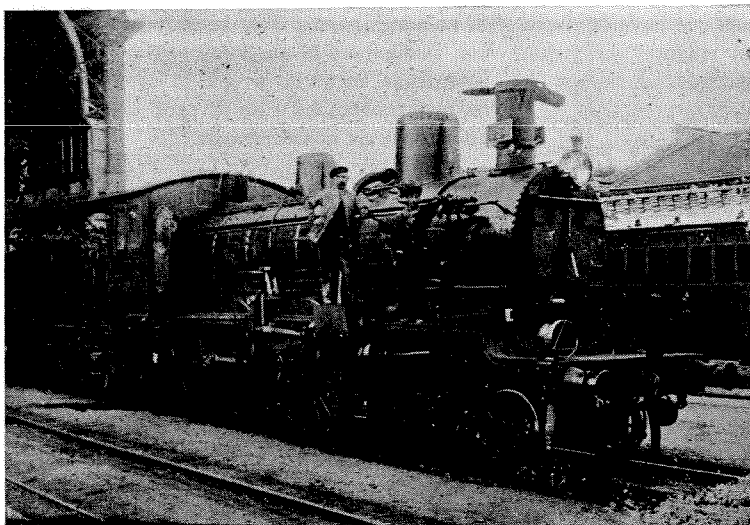
La primera es que D. José de Salamanca vino acompañado, además de los que se citan en el acta, de D. Francisco de la Riva, al que después se dió, según parece, el título de Marqués de Mudela, nombre de resonancia e importancia en Alcázar por el rumbo que dió a la elaboración de vinos en sus espléndidas bodegas, cuya desaparición, como tales bodegas, hay que lamentar.

Otro detalle que se omitió en el acta, es el convite que la Junta directiva del Casino dió a los Sres. de Salamanca y de la Riva y demás personas que les acompañaban, en el local de la Sociedad, el día 1.º de abril de 1852, que vinieron a inaugurar las obras de explanación.

Al visitar D. José de Salamanca los salones del Casino preguntó al Presidente si había mesa de billar, diciéndosele que no la había por falta de recursos, dado el escaso tiempo—dos años—de funcionamiento de la Sociedad. Salamanca prometió mandar una, como así lo hizo, a los pocos meses.

Tanto en estos actos como en los que se mencionan en el acta, con asistencia del Gobierno, se distinguió mucho el Alcalde, hijo de Alcázar, D. Joaquín Fernández Checa «por la ilustración, corrección y serenidad que le eran peculiares» estando «por sus maneras» a igual nivel que dichos personajes, que hicieron grandes elogios del Alcalde, manifestando que no esperaban que en este pueblo hubiera hombres de tanta ilustración.





He aquí al gran maquinista «Chapas» (Diego Serna), sobre una Compun de aquellas que vinieron en 1903, del número 651 al 665.

Se halla al pie del inmenso arco del andén de Madrid. Seguramente va a enganchar.

Le acompaña como fogonero «El Lorito», (Enrique Fernández), buen muchacho, cordobés, que estuvo casado

con la hermana de Manuel Alberca; la que después de viuda se casó con Ramiro, el maquinista, viudo a su vez de la hija de Manjavacas. Serna fué un buen maquinista, como se ve por la máquina que lleva, hombre parado que no se calentaba con prontitud pero que le pasaba lo que a la antracita: una vez encendido no se enfriaba fácilmente y sus bromas fueron sonadas, tanto por la intensidad como por el largo aguante.

Vivió muchos años en la calle Castelar, donde está la pastelería de la Rosa, hasta que hizo las dos casas en la calle del Horno, Murió en la planta baja de la de la esquina, de una enfermedad muy penosa, como D. Magdaleno. Los sentidos lamentos de ambos nos conmovían mucho antes de llegar a sus casas y no los olvidamos.

El honor de la tizne

EL trabajo es un deber y un honor para todo hombre pero no todos los hombres tienen la dicha de sentir la dignidad de su función ni tienen a gala su desempeño y tenerlo en grado superlativo ha sido siempre lo característico del personal de tracción. Lo engendra así el hecho de ir en la máquina, y en Alcázar contribuía a ello la consideración pública dimanante del buen pasar de las familias por la fiijeza y cuantía de las soldadas en relación con la de otros oficios.

Ser «tisnao» significó en Alcázar mucho tiempo merecer la predilección de las miradas emeninas que con su fino instinto veían en la ocupación la seguridad del sostenimiento del hogar futuro y el sustento de los hijos.

El hombre—no es menester decirlo, porque su condición de rey de la creación lo acredita sobradamente—valoraba la preferencia sobreestimando incomparablemente su posición.

Dentro del ramo se percibían también ciertas diferencias. Hace años ir en una Compun era algo que hacía sentirse superiores a las parejas de maquinista y fogonero, sobre todo éste que cuando daba de mano salía con la majeza de los toreros al terminar una faena meritoria y lo mismo al ir a tomar la máquina que al dejarla caminaban contoneándose, pendiente de su mano la cesta negra de doble y larga asa y el lío de la ropa debajo del brazo.

El lenguaje traduce siempre los más delicados sentimientos del alma y algo bien expresivo hay en el hecho de que estos hombres no digan nunca que van o vienen al trabajo, sino a

tomar o de dejar la máquina que llevan y traen incansablemente, como el mayoral la junta hasta situarla en lugar adecuado.

La proximidad de Madrid ha influido mucho siempre en Alcázar y más aún la presencia aquí de muchos barriobajeros, empleados de la estación del Mediodía.

Los nuestros adoptaban rápidamente sus costumbres y su indumentaria, y por entonces los rasgos chulescos de Madrid eran los matices distintivos de los fogoneros con su pantalón abotinado, botas de botones con larga puntera, pañuelo de seda anudado al cuello y gorra caída sobre una oreja.

Nuestros fogoneros se llamaban Tomás y Joaquín Gamito, Paco Cruceta, Enrique «El Estudiante», Rafael Blanco, los Tejeros, los «Berbeses» Julián Carabaño, los de la Benigna, los Núñez, los de la Rica, Correillas, Zúñiga y tantos otros cuyos padres eran los maquinistas primeros que tuvo el ferrocarril y algunos que sin tener hijos,

como aquel inquieto Marín, gozaban fama de ser audaces en la marcha y en los descansos madrileños, amigo de aventuras costurileras en las que embarcaban a los jóvenes manchegos y no siempre sin consecuencias.

Muchas fatigas se pasan en los trayectos, pero la entrada solemne en un andén tan concurrido siempre como el de la estación de Atocha, compensa largamente de todas las amarguras y en días señalados ningún maquinista se cambiaría en ese momento por el ser más poderoso de la tierra y más todavía si algún corazón femenino, conmovido al aproximarse el convoy, le transmite su emoción con encendido mirar; entonces, el maquinista, cogido al regulador, saca el cuerpo por el balconcillo y al sonreír es como si descorriera la cortina de tizne que le cubre para enseñar sus dientes blancos de león, al que se aproxima la hora del letargo. Es el paroxismo del orgullo profesional rendido ante el eterno femenino, suprema ley Divina de la vida del hombre.

Echa carbón, fogonero

LOS útiles de trabajo tienen su personalidad y su nombradía entre quienes los manejan y esta máquina 121 que aparece en la fotografía, era muy rica y el asombro de todos por su presencia y potencia, aunque ahora parece una cafetera para uso doméstico.

Nada enorgullece tanto al hombre como la compañía de su herramienta de trabajo, con la que pasa todas las fatigas de su vida y sostiene el calor del propio hogar que personifica la esposa, madre de sus hijos.

Si la herramienta es una máquina de ferrocarril, el orgullo del hombre que la maneja, que la entiende, que la domina, se podía elevar antes a las mayores alturas, porque el maquinista, no solo es la personalidad ferroviaria por antonomasia, sino que fué el primer hombre y el único durante mucho tiempo, que recorría grandes distancias sin dificultades aparentes, admi-

rado de los viandantes y con la prestancia que da una buena cabalgadura.

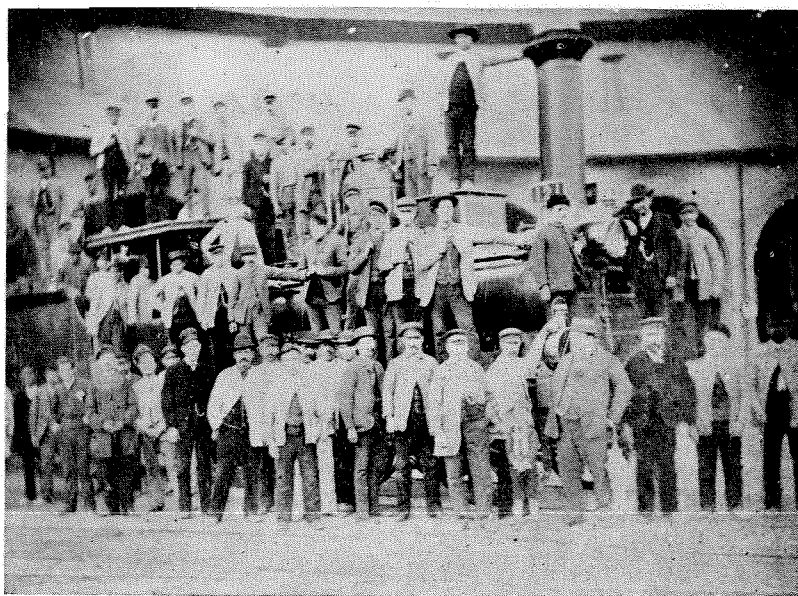
Puede decirse, que más de la mitad de los servicios ferroviarios, están condicionados a que la máquina marche bien, a que el maquinista salga adelante con su misión, arriesgada, a veces brutal, siempre imprescindible.

La máquina de vapor es el «primun movens» ferroviario y el maquinista el personaje legendario del carril, que con la mano en el regulador ha sentido muchas veces latir en su pecho el aliento del Cid, viendo ensancharse los campos delante de su caballo.

La máquina, jadeante, con su penacho de humo, surcando llanuras, cruzando ríos, escalando montañas, ora abrasada por el fuego de Agosto o envuelta en horripilante tormenta de lluvia y granizo en noche de impenetrable oscuridad, le ha dado siempre al maquinista un matiz de legítima suficiencia fundada en la íntima satisfacción de su utilidad.

Esa clase de hombres,—de grandes hombres,—son los que aparecen en la fotografía que reproducimos, curtidos en el trabajo, integérrimos, que dieron a la Estación un singular prestigio con el exacto cumplimiento de sus obligaciones y a quienes muchos recordarán con cariño y admiración.

sombrero de paja está «Zosman» jefe de Depósito. Vicente Carabaño, el padre de la Florentina. Domingo Blanco, el padre de Rafael. Angel Alarcos, el gran tornero que no tuvo reparo en dejar la Compañía para establecerse por su cuenta y vivir admirablemente. El sobrino de Carabaño, marido de la Magdalena de Mocho.



El de la ostentosa cadena de plata, que con su barba y sombrero está en la plataforma de la máquina es Lope Tejero, padre de todos los Tejeros. Debajo está Juan Núñez, ya barrigocete, padre de varios maquinistas, aquél que fué jefe de noche cuando vivió en la calle de la Estación, en la casa que luego compró Julio Consciencie, el cuñado de Paco Cruceta. Con

Antonio Belbece Lavisier, Doncel, el padre de Pepe Toribio, Faustino Abad, contraamaestre del Depósito, padre de Diego, Saborido, Angel y Antonio Saludador y otros muchos cuya identificación servirá de entretenimiento a los lectores, sobre todo a los antiguos empleados cuyas ilusiones pueden sentirse reverdecidas con este recuerdo.



La blanca indumentaria de Francisco Fernández, demuestra que el aseo ha penetrado en el despacho de carnes, desterrando los manguitos de dril, hechos como los mandiles, de bayeta verde, para que aguantaran.

Maestros antiguos



El Sr. Bernardo, con un grupo de su escuela por el año 1900.

Recordando la vida de entonces, pobre y aun misera en todos los aspectos y observando este grupo de la escuela del «Cardaor», en el que todos los chicos—nadie les decía niños, ni era propio—aparecen con sus trajes de hombres y bien aseados, se echa de ver el celo del Sr. Bernardo para imponer la urbanidad, con aquel áspero ordenancismo, tan nativamente alcazareño como los «colmillos» de los Alterones y los «zoquetes» de pan moreno, que ha resplandecido en muchos paisanos inolvidables—D. Magdaleno, Moraleda, Estrella, Cristóbal, los Bastos y tantos más—tan buenos por dentro como resecos por fuera; iguales que su tierra.

El Sr. Bernardo, recto y sencillo, terriblemente ingenuo—luchaba a brazo partido con la incuria como D. Magdaleno con las enfermedades—modelaba a los chicos con asperón y los hacía lavarse con estropajos de tomiza, con tan bondadoso fondo de cariño, que hacía amable la fiereza exterior.

D. Bernardo Lizcano Ligeró "El Cardaor"

Hombre listo y bueno que tuvo que manejar la caterva más numerosa e indomable de la chiquillería local durante 40 años como único e insuperable maestro.

Nació el 27 de Febrero de 1848 y murió el 24 de Marzo de 1906.

Fué alguacil del Juzgado de Instrucción toda su vida, donde se nutría de rectitud su espíritu nada dúctil.

Tocó el bajo en la música en la época de «Zampatortas» y «El Cantero» y fué un cazador incansable siempre.

Tenía una nave muy grande, con poca luz y ventilación, en la calle del Cristo Zalameda, que siempre estaba abarrotada de alumnos.

Allí mandaban "para sujetarlos un poco"

a los chicos más traviesos del pueblo y el señor Bernardo, mal de su grado, rompió muchas correas en suavizar un poco a aquellos diablos; labor eficaz, por lo que se vió luego, pues ninguno fué después tan terrible como parecía, sino unas excelentes personas que ahora recordarán con sentimiento la justa furia de aquella palmeta.

D. Leandro Gómez Sobrino

En la fotografía que reproducimos hay una nota escrita a lapiz que dice: «Ultimo ratrato de mi escuela-1936-»

D. Leandro, aquel amigo y maestro, afable, bueno y sencillo, que educó tanto chiquillo y derramó aquí su estro, a estilo de Campoamor; que, con gesto patriarcal y sonrisa noble y fina, daba su lección moral disimulando la espina.



D. Francisco Iñesta Roa



Notable y numeroso grupo del Colegio de D. Francisco Iñesta, en el que llama la atención que todos están ahora como en aquel tiempo. ¿Qué les enseñaría D. Francisco?

Como continuador más constante y eficaz de la Segunda Enseñanza, iniciada en Alcázar por los hermanos D. Felipe y D. Cesáreo Arroyo, según se expone en nuestro primer fascículo, hay que recordar a D. Francisco Iñesta Roa, fallecido hace poco, el 7 de Enero de 1950, a los 81 años de edad, después de 55 años de ejercicio y tres de retiro.

D. Francisco había nacido en Madrid, el 28 de Noviembre de 1868, en cuya Universidad hizo la

carrera de Filosofía y Letras, siendo discípulo predilecto de D. Nicolás Salmerón.

Para su labor pedagógica tuvo una importantísima ayuda en su esposa, la tan conocida y popular maestra Doña Encarna, que también trabajó durante toda su vida.

Muchas familias deben al arte y habilidosa pedagogía de este matrimonio, el haber situado a sus hijos en condiciones superiores a sus posibilidades y la comarca entera, no Alcázar solamente, les debe el contar hoy con un elevado porcentaje de brillantes carreras.



Los conocidos Profesores D. Francisco Ñesta y Doña Encarna, en las postrimerías de su vida profesional.

Juliana Alcañiz Redondo

"LA CEBOLLETA"



En la fotografía parece que está sentada. Es que era así la Juliana, alta de ijares. Murió el año 1929, a los 66 años de edad.

La Correduría tuvo en la época que nos ocupa una representación femenina de excepcionales condiciones naturales: «La Cebolleta». Mujer de poca estatura, desdentada, activa, dueña de sí misma siempre, conocedora del corazón humano, no tenía nada que envidiar a las corredoras de alhajas y prendas de valor de las grandes capitales.

Muchas necesidades que no se podían sacar a la calle hallaban adecuado y digno remedio gracias a «La Cebolleta» que se encargaba de pignorar o enajenar, sin que lo supiera nadie, los bienes que habían de remediar los males de quienes no podían aparentarlos, resolviendo muchos conflictos familiares y evitando disgustos, que los hubiera habido morrocotudos, con la más leve indiscreción de esta mujer, amansadora de pasiones, mediadora sagaz y eficaz componedora de situaciones insostenibles.

Mujeres Representativas

DENTRO de la típica indumentaria se aprecia cierta evolución en estas fotografías de dos mujeres, hijas del pueblo, pero con cierto señorío nativo, que las hacía distinguirse notablemente, pues no era solo su porte sino sus cualidades todas lo que les hacía sobresalir. La Nicanora lleva el vestido más largo y opulento e igualmente el gran manto de flecos con que se cubre. La tía Vicenta lleva el moño típico de trencillas, llamado de picaporte, y la Nicanora el rodete que sustituyó a aquél.

El nombre de la Nicanora va fuertemente unido a los recuerdos de nuestra infancia, como el de la tía Vicenta a los de nuestra iniciación profesional.

La Nicanora fué la madre de Francisco Roperó (Carabina, el del aceite) y de la Fortunata, esposa de Bonifacio Lucas. La Vicenta es más conocida por la tía Quinica, por estar casada con aquel de los Paniaguas que llevaba ese sobrenombre. Era, pues, madre de todos los Quinicas: Pablo, Paco, Emilio y Eusebio, mujer sin par, cuyas cualidades hemos señalado reiteradamente en trabajos de otras épocas.



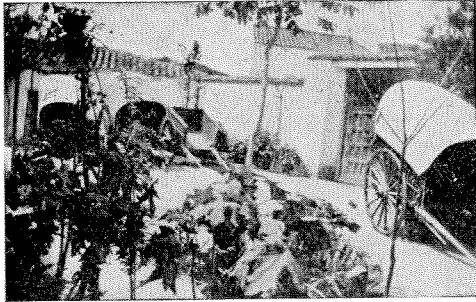
La Nicanora, de Carabina



La tía Vicenta, de Quinica

[Decorative flourish]

VISTAS DEL CORRALON DE RUFAO



3



3



No se vende. Los pedidos al Autor.

IMP. CASTELLANOS.-ALCAZAR